

EL TOTALITARISMO Y SU PROPAGANDA EN LA OBRA *LOS ORÍGENES DEL
TOTALITARISMO* DE HANNAH ARENDT

MÓNICA VICTORIA NÍTOLA FERNÁNDEZ

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE FILOSOFÍA

BUCARAMANGA

2023

EL TOTALITARISMO Y SU PROPAGANDA EN LA OBRA *LOS ORÍGENES DEL TOTALITARISMO* DE HANNAH ARENDT

1

EL TOTALITARISMO Y SU PROPAGANDA EN LA OBRA *LOS ORÍGENES DEL TOTALITARISMO* DE HANNAH ARENDT

MÓNICA VICTORIA NÍTOLA FERNÁNDEZ

Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar al título filósofo

Director:

CARLOS ULLOA RIVERO

Doctor en filosofía

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE FILOSOFÍA

BUCARAMANGA

2023

“Las personas ya no leen, porque están más preocupados por escribir cosas que otros no van a leer.”

Alejandro Gaviria Uribe - *En defensa del humanismo*

La última letra en este trabajo fue puesta el día en que el Consejo Académico de la Universidad aprobó la admisión especial para personas con experiencias de vida trans. Estas admisiones implican que dentro de pocas trasposiciones de días Bucaramanga será una ciudad en la que las condiciones de vida digna harán parte de la realidad de uno de los sectores sociales más afectados por los prejuicios, el odio y la desigualdad.

Me honra saber que la Escuela le entrega al país a quien fue su primera estudiante y representante estudiantil con experiencia de vida trans. La primera que lideró desde la representación por las mujeres los cambios en materia de género que la Universidad requiere. A quien defendió la democracia universitaria y aspiró hasta el cargo más alto aun cuando parecía todo perdido en la lucha por una universidad plural y realmente humana.

Recuerdo a cada uno de mis maestros, desde Lida en preescolar hasta Mónica, con quién cursé mi última clase de pregrado. Es especial porque con mi madrina aprendí a dar mis primeros trazos y con la profe Mónica a no rendirme, a no tener reservas a la hora de entregarme a las causas en las que creo y a nunca abandonar mi ética. No habría sido posible terminar mi colegio sin Gloria o mi madrina. No habría podido terminar mi carrera sin el amor que me dieron la profe Mónica Jaramillo o el profe Mario Palencia.

Gracias a Lida, Erika, Mercedes, Sandra, Clemente, Dolores, Óscar, Manolo, Ana Victoria, Luis, Anayibe, Gloria, Yolanda, Luz Marina, Mario, Mónica, Gabriel, María Fernanda, Natalia, Alicia, Natalia, Gloria, Paul, Cristhian, Patricia, Gustavo y, por supuesto, al profe Carlos con quien cierro esta etapa. Ver cada nombre es para mí maravilloso, y aunque algunos ya no están conmigo, sé que cada uno le apostó con amor a un proyecto de vida que a veces flaqueo, pero que gracias a ellos no se rindió.

Hoy siento más amor que nunca por aquel que fue mi lema en campaña y hoy me sigue moviendo fibras. Orgullosamente UIS.

A Ivonne, que me enseñó a amarme cada día más, a luchar y disfrutar viviendo, y a no temer a las conversaciones incómodas. Libre te quiero, pero no mía ni de Dios ni de nadie ni tuya siquiera.

TABLA DE CONTENIDO

RESUMEN	6
ABSTRACT	7
INTRODUCCIÓN	8
1. ELEMENTOS QUE POSIBILITARON EL SURGIMIENTO DEL TOTALITARISMO EN ALEMANIA Y RUSIA	11
1.1. EL ANTISEMITISMO	13
1.2. LOS PRIMEROS PARTIDOS ANTISEMITAS	20
1.2.1 PRIMERAS MANIFESTACIONES DESDE LA IDEA DE LA SUPERIORIDAD GERMANA	24
1.2.2. SURGIMIENTO DEL CONCEPTO DE RAZA	26
1.2.3. LOS PANMOVIMIENTOS	27
1.3. EL IMPERIALISMO	28
2. ¿QUÉ ES EL TOTALITARISMO?	40
2.1. LA ORGANIZACIÓN TOTALITARIA	41
2.2. LA POLICÍA SECRETA	45
2.3. TOTALITARISMO EN EL PODER	47
3. LA PROPAGANDA TOTALITARIA	53
3.1. IDEOLOGÍA Y TERROR	63
3.2. DOMINACIÓN TOTAL	65
CONCLUSIONES	70
BIBLIOGRAFÍA	74

RESUMEN

Título: El Totalitarismo y su Propaganda en la Obra *Los Orígenes del Totalitarismo* de Hannah Arendt^{1*}

Autora: Mónica Victoria Nítola Fernández**

Palabras clave: Totalitarismo, movimientos totalitarios, Hannah Arendt, stalinismo, nazismo.

Descripción: Hannah Arendt, filósofa alemana de ascendencia judía y víctima del Régimen Nacional Socialista Alemán, se ocupó de analizar desde una perspectiva fenomenológica, con un enfoque genealógico-arqueológico, el fenómeno del surgimiento de los gobiernos totalitarios y la forma en la que estos ejercieron el poder, configurándose en una forma de gobierno nunca antes vista. Arendt adelantó su análisis acerca del totalitarismo, el cual será objeto de investigación del presente trabajo, en especial a partir de los gobiernos del Tercer Reich en Alemania (1933-1945) dirigido por Adolf Hitler y la Unión Soviética (1930-1956) en Rusia en cabeza de Losif Stalin.

¹ * Trabajo de Grado

** Facultad de Ciencias Humana. Escuela de Filosofía. Director: Carlos Ulloa Rivero. Doctor en filosofía.

ABSTRACT

Title: Totalitarianism and its Propaganda in the Work *The Origins of Totalitarianism* by Hannah Arendt^{2*}

Autora: Mónica Victoria Nítola Fernández**

Palabras clave: *Totalitarianism, totalitarian movements*, Hannah Arendt, Stalinism, Nazism.

Descripción: Hannah Arendt, German philosopher of Jewish descent and victim of the German National Socialist Regime, analyzed from a phenomenological perspective, with a genealogical-archaeological approach, the phenomenon of the emergence of totalitarian governments and the way in which they exercised power, configuring themselves in a form of government never seen before. The German thinker, Arendt advanced her analysis of totalitarianism, the object of research of this work from the governments of the Third Reich in Germany (1933-1945) led by Adolf Hitler and the Soviet Union (1930-1956) in Russia headed by Losif Stalin.

² * Degree Work

** Faculty of Human Sciences. School of Philosophy. Director: Carlos Ulloa Rivero. Doctor of philosophy.

Introducción

Hannah Arendt, nacida en 1906 en Hannover, Alemania, y de ascendencia judía, fue una filósofa que hizo grandes aportes a la fenomenología política, reconociéndose especialmente dos obras en esta área, *Los orígenes del totalitarismo*, publicado en 1953 y *Eichmann en Jerusalén*, publicado en 1963. Arendt comenzó sus estudios en 1924 en la Universidad de Marburgo donde tomó clases impartidas por Martín Heidegger y Nicolai Hartmann; una vez dejó la Universidad de Hannover, ingresó a la Universidad Albert Ludwig de Friburgo donde conoció al filósofo Edmund Husserl. Finalmente, en 1928, con el acompañamiento de Karl Jaspers, se doctoró en filosofía de la Universidad de Heidelberg con la tesis "El concepto *de amor en San Agustín*".

Arendt, precisa su cercanía con la filosofía desde que tenía tan solo catorce años, con frases como: "I can only say that I always knew I would study philosophy. Ever since I was fourteen years old"¹. Resultado de la necesidad de comprender lo que ocurría, a una edad muy cercana se acercó a Kant, la *Psychologie der Weltanschauungen* de Karl Jaspers y a Kierkegaard. Tal como ella decía "todos los libros estaban en la biblioteca de casa, solo tenía que tomarlos de los estantes"².

Las posturas de esta pensadora constantemente fueron controversiales y provocadoras. Cuando Arendt era cuestionada acerca de su oficio, esta se resistía a reconocerse como filósofa, pues consideraba que "The expression "political philosophy", which I avoid, is extremely burdened by tradition"³. Arendt encontró en la filosofía política, desde Platón hasta la Modernidad, una tensión entre la idea del hombre como un ser que piensa o como un ser que actúa. Siendo en el desarrollo filosófico arendtiano la acción el pilar fundamental de su teoría política, ella prefería llamarse a sí misma como una teórica

¹ "A menudo yo también me lo pregunto. Todo lo que puedo decir es que desde los 14 años supe que estudiaría filosofía" (Arendt, 2013, p. 15).

² En conversación entre la pensadora judía con Günter Gaus, en 1964, esta le respondió ante el cuestionamiento de por qué supo a sus catorce años que estudiaría filosofía, que: "[...] I had this need to understand ... The need to understand was there very early. You see, all the books were in the library at home; one simply took them from the shelves" (Arendt, 2013, p.16).

³ "La expresión "filosofía política" que evito, arrastra la carga de la tradición" (Arendt, 2013, p. 8).

política.⁴ Hannah Arendt no se consideraba a sí misma como una alemana, no en el sentido de su ciudadanía, sino en la no pertenencia al pueblo. De ahí que ella declarase repetidamente “If one is attacked as a Jew, one must defend oneself as a Jew. Not as a German, not as a world citizen, not as an upholder of the Rights of Man, or whatever”⁵. Su trabajo representa una ruptura permanente con la idea de la filosofía política como un análisis aislado de la condición humana y la capacidad de cambiar y estar constantemente en acción. Un ejemplo de la búsqueda por analizar las cuestiones filosóficas desde la condición plural y la capacidad de acción es su postura de defender sus ideas no solo como una pensadora, sino como una judía que vivió los horrores del totalitarismo, para el caso del análisis de este en su obra *Los orígenes del totalitarismo*, o *Eichmann en Jerusalén*. Arendt no concibe al vocablo “hombre” como categoría capaz de contener a todos los humanos, descrea de entender a la pluralidad de los hombres como una identidad única y determinada, lo que la lleva a situar su pensamiento sobre la base de la pluralidad entre los hombres, encontrando como factor común a todos, la diferencia entre unos y otros.

Ahora bien, en lo que concierne a este trabajo, me propongo a examinar a través de la exposición de los principales postulados, la teoría política planteada por Hannah Arendt acerca de la aparición de los gobiernos totalitarios como una forma de gobierno totalmente nueva hasta la aparición de los regímenes de Adolf Hitler y Losif Stalin. El objetivo principal es establecer qué es el totalitarismo y cómo se configura su propaganda a partir de la obra *Los Orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt. Para ello se presentará grosso modo los factores que la filósofa judía halló como fundamentales para el surgimiento del totalitarismo, sin embargo, el presente no se ocupará de profundizar en estos ni desarrollar un análisis comparativo de los distintos desarrollos historiográficos acerca de los factores en cuestión.

La elección del tema de investigación nace de la preocupación, un tanto liberal, del futuro de las instituciones y la democracia misma frente a los acelerados cambios políticos que experimenta América Latina y el auge que están tomando las ideas nacionalistas y

⁴ “My profession, if one can even speak of it at all, is political theory. I neither feel like a philosopher, nor do I believe that I have been accepted in the circle of philosophers, as you so kindly suppose” (Arendt, 2013), p. 7).

⁵ “Si a ti te atacan como judío, debes defenderte como judío. No como alemán ni como ciudadano del mundo ni como defensor de los derechos humanos o lo que sea” (Arendt, 2013, p. 19).

autoritarias, indistinto de su ideología política, y de la precisión que hace Arendt, acerca de la permanencia en la humanidad de las distintas formas de gobierno desarrolladas aun cuando se posea conciencia de lo perjudiciales que estas puedan ser. Por tal motivo, este trabajo se centra en el estudio del totalitarismo y su propaganda, en la obra *Los orígenes del totalitarismo*, como una de las investigaciones más profundas y que, como plantea Esquirol, lugar donde se forjan la mayoría de las tesis que la autora luego fundamenta y desarrolla en sus obras posteriores como lo son *Eichmann en Jerusalén* (1963), *La revolución* (1963) y *La vida en el mundo* (1978)⁶.

La estructura del trabajo será la siguiente: en primer lugar, se presentarán los elementos que posibilitaron el surgimiento del totalitarismo como una nueva forma de gobierno. En segundo lugar, se abordarán los movimientos totalitarios y su propaganda. En tercer lugar, se expondrá el totalitarismo como ideología política y el uso del terror como eje central de esta nueva forma de gobierno. Todo este desarrollo se hará a partir de los gobiernos Nacional Socialista Alemán en cabeza de Hitler y la Unión Soviética en cabeza de Losif Stalin, los cuales son considerados por Arendt, como los dos únicos gobiernos auténticamente totalitarios.

⁶ En su artículo: «Hannah Arendt y el totalitarismo: Implicaciones para una teoría política, Josep Esquirol, plantea: ”Creemos que es sobre todo en su reflexión sobre el totalitarismo donde forja Arendt la mayoría de las tesis que posteriormente se fundamentarán, se sistematizarán o se desarrollarán en obras como *The Human Condition* (1958), *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil* (1963), *On Revolution* (1963) o *The Life of the Mind* (1978)” (1991, p.125).

1. Elementos que posibilitaron el surgimiento del totalitarismo en Alemania y Rusia

El totalitarismo, según el trabajo filosófico desarrollado por Hannah Arendt, constituye una forma de gobierno nunca antes vista, diferenciándose así del autoritarismo, la dictadura o el fascismo. Aunque este pueda tener rasgos de algunas de las formas de gobierno existentes, representa una nueva concepción ideológica de la realidad y configura una nueva forma de gobernar, mantenerse en el poder y alcanzar la realización de sus dogmas ideológicos. Arendt identifica el surgimiento esta nueva forma de gobierno en los casos de Alemania y Rusia, delimitados, en el Tercer Reich, desde 1938 hasta 1945, año en el que es derrotado y, en el caso ruso, la autora delimita el gobierno totalitario de la Unión Soviética desde 1930, hasta 1953, año en el que muere Stalin. Es durante estos dos periodos que el terror como forma de dominación total se constituye en una forma de gobierno. Arendt, además, se separa de las concepciones deudoras de la Guerra Fría⁷ que, de forma indiferenciada, a razón de la herencia anticomunista como le define ella, aspiró de igual forma, a globalizar todas las aspiraciones de los gobiernos comunistas, construyéndose así una nueva ficción que se negaba a diferenciar las múltiples dictaduras unipartidistas comunistas del auténtico gobierno totalitario. Arendt, se reserva el concepto de “*totalitarismo*” para señalar las singularidades de estos los regímenes Nacional Socialista Alemán y la Unión Soviética que los diferencian de las otras dictaduras unipartidistas que simultáneamente se desarrollaban. Es así como ella dio un uso “prudente”, como ella misma señaló⁸, al término totalitarismo, pues es este el único régimen con el que no hay posibilidad de coexistencia política o humana.

Para comprender plenamente el fenómeno del totalitarismo como sistema ideológico y de gobierno y la dominación total, no basta con un análisis delimitado en el periodo durante el cual cada gobernante estuvo en el poder. Es necesario desplazarse a través de la historia previa al surgimiento de los gobiernos totalitarios, identificando así los elementos que confluyeron de forma decisiva para el nacimiento de estos regímenes y que Arendt se propuso examinar en *Los orígenes del*

⁷ Di pego, (2016), p. 198.

⁸ Di pego, (2016), p. 199.

totalitarismo, de cara a una teoría política que le permitiese al mundo entender cómo pudieron llegar a pasar tales horrores. Ahora bien, es necesario acotar que el uso del término “*orígenes*” por parte de la autora de *Los orígenes del totalitarismo*, no implica que entienda a los distintos elementos históricos como una serie de pasos secuenciales que invariablemente producirían los regímenes Nazi y Soviético. Esta los aborda más bien como elementos históricos que minaron la concepción acerca del mundo, como el lugar en el que se vive la pluralidad de las sociedades en las que el totalitarismo pudo desarrollarse y que sirvieron como agente catalizador para el surgimiento y desarrollo de esta nueva forma de gobierno, pero no como una camisa de fuerza para el surgimiento de estos, pues las particularidades como se dieron el gobierno alemán y ruso no fueron iguales.

Es de resaltar la importancia que la autora le da al que en la modernidad, en medio de las sociedades ilustradas de la primera mitad del siglo XX, se gestara el totalitarismo como nueva forma de gobierno y pusiera en marcha —casi hasta la perfección— un sistema de terror y producción masiva de muerte que desembocó en el asesinato sistemático de millones de inocentes en Alemania y Rusia, contrario a cualquier idea razonable.

Para abordar los elementos que posibilitaron el surgimiento del totalitarismo es necesario señalar que, pese a que el gobierno Nazi y Bolchevique son denominados por Arendt como gobiernos totalitarios, los factores que posibilitaron su ascenso al poder no fueron idénticos, aun cuando gran parte de estos sean comunes, como lo son por ejemplo la idea de un grupo superior destinado a ejecutar una ley suprema, el imperialismo o la caída del modelo de Estado-nación europeo. En ambos fue determinante el contexto sociopolítico e ideológico particular.

Pese a que la filósofa judía identifica en estos elementos factores fundamentales para el surgimiento del totalitarismo, es necesario precisar, tal como lo hace Arendt, la necesidad de apartarse la tendencia a equiparar cualquiera de los elementos: el *antisemitismo*, el *racismo* o el *imperialismo*, cuya cristalización posibilitó el surgimiento del totalitarismo en los casos alemán y ruso con el totalitarismo como forma de gobierno. Es decir, no es posible creer que cada manifestación antisemita, racista o imperialista es ya, por sí misma, totalitarismo. El totalitarismo, si bien usa los elementos políticos en su ideología, no se ciñe al concepto de estos, por el contrario, abusa de estos elementos a tal punto de eliminar su

base ideológica y su realidad fáctica que antes representaron un potencial político, ideológico y propagandístico para los movimientos totalitarios hasta convertirlos en un simple elemento vacío que sirve únicamente para el propósito de llevar a término los dogmas del movimiento.

1.1. El antisemitismo

Tal como lo planteó Bernstein⁹, quizá uno de los mayores aciertos *en Los Orígenes del totalitarismo* por parte de H. Arendt fue el plantear la historia de los judíos de Europa de cara a la historia general de la modernidad de dicho continente, a medida que analizó el declive del Estado-nación, posibilitando comprender de forma ecuánime la razón por la que el antisemitismo se tornó en el elemento catalizador de la ideología Nazi, quienes consecuentemente dirigieron todo su accionar político a la persecución de la comunidad judía y finalmente su exterminio.

Ahora bien, es necesario entender que el antisemitismo no surge como producto de la edad moderna, sino que ha sido persistente a lo largo de nuestra era y se pueden identificar distintas etapas y estallidos de antisemitismo a lo largo de la historia. Han sido múltiples los esfuerzos teóricos por parte de historiadores y pensadores en la búsqueda por entender los orígenes del antisemitismo, es por ello que Arendt se propone a recoger algunas de las teorías que han revestido mayor alcance para entender el antisemitismo y la capacidad que tuvo para movilizar a las masas y que alcanzó en la Alemania Nazi su cota máxima.

El análisis del antisemitismo no puede desarrollarse de forma distante a los hechos ocurridos a la comunidad judía a lo largo de la historia. Por ello Hannah Arendt al abordar el antisemitismo y sus orígenes, de cara a lo ocurrido en el *holocausto judío*, señala que “todas las explicaciones del antisemitismo dan la impresión de haber sido apresuradas y fortuitamente concebidas”¹⁰ y, seguidamente, se ocupa de abordar las que considera determinantes para la interpretación moderna del antisemitismo y que posibilitó los horrores nazis en el seno de la sociedad europea moderna.

Una de las explicaciones del antisemitismo, es la identificación de este con el nacionalismo y relacionarlo directamente como la manifestación de sus estallidos de

⁹ Bernstein. (1996) P.69.

¹⁰ Arendt. (1998) P. 28.

xenofobia. Sin embargo, la base fáctica de esta teoría, que inseparablemente está ligada al sistema de la Nación-Estado europea, se ve afectada pues cuando el antisemitismo alcanza su máximo desarrollo; allí, el sistema de la Nación-Estado europeo, catalizador del nacionalismo, se derrumba al igual que su precario equilibrio de poder.

Sin embargo, es preciso señalar que, para el nazismo, el nacionalismo nunca fue una parte auténtica de su ideología, aun cuando a partir de su propaganda sea posible inferir eso. Esto, a razón, como se podrá ver adelante, de que su propaganda nunca estuvo dirigida para aquellos miembros convencidos del movimiento, sino para los compañeros de viaje y los miembros menos convencidos que aún no comprendían plenamente los objetivos del movimiento. Tanto el movimiento nacional socialista como el soviético nunca concibieron limitarse al territorio de una nación. Opuesto a eso, su vocación era supranacional.

Arendt, manifiesta que “casi nunca pueden explicarse satisfactoriamente por una sola razón o por una sola causa tendencias generales como el declive de la Nación-Estado y el coincidente auge del antisemitismo”¹¹. La pensadora judía es consciente de lo retardadora que resulta la tarea de los historiadores al enfrentarse a situaciones tan complejas como la caída del Estado-Nación o, para el caso, la cuestión judía y sentirse casi libre para aislar un factor cualquiera y plantearlo, tal como ella lo señala, “en el espíritu de la época”. Sin embargo, Arendt se ocupa de proporcionar algunas normas que puedan servir de ayuda para la compleja tarea de entender el antisemitismo. Es ahí que el descubrimiento de Tocqueville, toma una profunda importancia para analizar la segunda explicación del origen del antisemitismo.

En *L'Ancien Régime et la Revolution*, Tocqueville, descubrió los motivos que originaron el profundo odio que sentían las masas por la aristocracia francesa una vez estalló la Revolución Francesa. Según este, el odio hacia la aristocracia francesa arreció una vez perdieron su poder a razón de la caída del sistema monárquico. Mientras la monarquía estuvo en el poder, la aristocracia oprimió y explotó al pueblo; sin embargo, una vez cayó la monarquía los nobles perdieron esa posibilidad. Arendt sigue a Tocqueville en el planteamiento de que lo que acrecentó el odio de las masas a la burguesía no fueron la opresión y la explotación que estos ejercieron, sino que al perder su poder tras la caída de la

¹¹ Arendt. (1998) P. 29.

monarquía estos no vieron afectadas sus fortunas. Es decir, mientras los nobles ostentaron el poder a la par que su riqueza, fueron respetados, sin embargo, una vez pierden el primero, su riqueza se vuelve inaceptable, pues para el pueblo la riqueza sin un fin no es tolerable y estos se convierten en parásitos sin una función real en el dominio del país.

Para el caso del antisemitismo, se ha sugerido dentro de las explicaciones de su origen que este responde a la riqueza y el poder de los judíos dentro de los gobiernos de Europa. Sin embargo, Arendt manifiesta, tal como lo sugirió en la coincidencia del auge antisemita con el derrumbamiento del modelo de Nación-Estado, que para el momento en el que el antisemitismo alcanza sus máximas, el modelo de Nación-Estado ya había perdido su poder, y con ello, los judíos habían perdido los espacios de privilegio que ocupaban en el gobierno de las naciones. Cuando Hitler asciende al poder, los bancos alemanes estaban, casi en su mayoría, bajo el control de los judíos. El sector bancario era en donde los judíos habían tenido posiciones decisivas durante más del último siglo.

Igualmente ocurrió con casi todos los países del occidente europeo. “El *affaire Dreyfus* no estalló bajo el Segundo Imperio cuando la judería francesa se hallaba en la cumbre de su prosperidad e influencia, sino bajo la Tercera República”¹². Para el caso de Austria, el antisemitismo se hizo evidente y se tornó violento en la República de Austria de la posguerra, cuando la monarquía de los Habsburgo había perdido el poder y con ello la judería austriaca perdió su poder e influencia en el gobierno, conservando solo su riqueza.

Es decir, al igual que ocurrió con los nobles de Francia durante la revolución, estos perdieron su poder en el dominio de los países y solo conservaron su riqueza. Esto pues, tal como lo señala Arendt, lo que indica es que el odio hacia los judíos no fue en respuesta a su pérdida de funciones públicas en los gobiernos¹³. Sin embargo, estas explicaciones no son suficientes para comprender los reales orígenes del antisemitismo, tal como no se llega a los motivos de la Revolución Francesa por el descubrimiento de Tocqueville.

A las explicaciones se suma la de los judíos como un grupo desprovisto de todo poder y en medio de los conflictos de su época, lo que propició que los culpables de los horrores

¹² Ibid.

¹³ Ibid.

desplazaran de forma injusta hacia ellos la culpa de los conflictos y los autores ocultos de todo mal¹⁴ como la víctima propiciatoria, de la que Arendt hace claridad, de la cual aclara nunca ha aparecido en letra impresa. Sin embargo, ello no impide su presencia en los análisis históricos.

Según la teoría de la víctima propiciatoria, las víctimas se encuentran en una perfecta inocencia y distantes de todo aquello que tenga relación alguna con el tema que se debate¹⁵. Entonces, esto implica que cualquier grupo habría podido ser víctima. Hannah igualmente manifiesta que

La llamada víctima propiciatoria deja necesariamente de ser la víctima inocente a la que todo el mundo culpa de todos sus pecados y a través de la cual desean escapar al castigo y se convierte en un grupo de personas dentro otros grupos¹⁶.

Sin embargo, la víctima no deja de actuar en todos los aspectos del mundo, lo cual, no le aparta de ser también un corresponsable de su victimización¹⁷.

Tal como Arendt advierte, aunque la inconsistencia de la teoría de la víctima propiciatoria debiese producir que fuese descartada, el uso del terror por parte de los gobiernos totalitarios le hizo tomar mayor crédito. Pues, como podrá constatarse más adelante, el nazismo empleó el terror como forma de dominación total y atacó a sus víctimas sin provocación previa, “sus víctimas son inocentes incluso desde el punto de vista del

¹⁴ Arendt, (1998) p. 30.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Arendt. (1998), p. 30.

¹⁷ Una vez capturado Eichmann por la inteligencia israelí en Argentina en 1960 y llevado a Jerusalén para ser enjuiciado por su rol activo y fundamental en la “solución final” en 1961. Arendt se ofreció como cronista del Juicio Eichmann al diario New Yorker, quien publicó su trabajo a través de cinco entregas entre los meses de febrero y marzo de 1963: a esto le siguió la publicación de su libro *Eichmann en Jerusalén* en mayo del mismo año. Una vez publicada la crónica en el diario New Yorker, Arendt se vio inmersa en una polémica controversia con el pueblo judío que la enfrentó aun con su círculo más cercano. “La controversia se centró sobre dos tópicos principales: el rol activo que Arendt les atribuyera a los Consejos Judíos en la matanza de su pueblo y la noción de banalidad del mal que acuñó la autora para hacer referencia al nuevo tipo de mal que vio materializarse a través de las declaraciones de Eichmann” (Wagon, 2020, p. 60-61). Arendt no encuentra en los humanos un sujeto pasivo de la historia, así en coherencia, señala como colaboracionista a los concejos judíos que proporcionaron ayuda a Eichmann como se evidencia en la elaboración de las listas para el traslado de judíos al campo de concentración de *Theresienstadt*. Por otra parte, Arendt fue acusada de ubicarse del lado de Eichmann, por el uso del término “banalidad” en la formulación de su teoría acerca de la *banalidad del mal*, de lo cual ella se defendió señalando que en su informe solo se discutía la banalidad desde el terreno fáctico.

perseguidor”¹⁸. Igualmente extendida, señala Arendt, es la explicación del eterno antisemitismo, a la cual múltiples historiadores se han sujetado y que sostiene que “el odio al judío es una reacción normal y natural a la que la historia solo le concede más o menos oportunidades”¹⁹, como una forma de condena insoslayable por su origen.

Frente al surgimiento y desarrollo del antisemitismo moderno, Arendt sugiere que este ha experimentado su proceso de nacimiento y desarrollo simultáneamente a la asimilación judía, la secularización y por subsiguiente el debilitamiento de sus valores religiosos antiguos y el judaísmo. Así pues, los judíos no solo vieron en peligro su existencia física por la amenaza que contra ellos representaba el aumento del antisemitismo, sino que, se vieron frente a su disolución desde adentro. Preocupados por su sobrevivencia, encontraron en el antisemitismo, una forma de unir y preservar la existencia del pueblo judío. Sin embargo, señala Arendt, el peligro real del antisemitismo moderno fue confundido con el antiguo odio religioso de los cristianos hacia los judíos. Teniendo en cuenta que el nazismo llevó prácticamente a la aniquilación del pueblo judío, Arendt manifiesta su preocupación por la explicación del eterno antisemitismo, que liga al pueblo judío a ser víctima de la hostilidad eterna.

Es llamativo, no obstante, que ninguna de las explicaciones con mayor aceptación y difusión, atribuya a la acción judía alguna responsabilidad sobre el antisemitismo. Negando así la posibilidad de toda actividad, tal como lo hace el terror en los gobiernos totalitarios, despersonalizando e inhumanizando el curso de los acontecimientos violentos.

Hannah Arendt, en contraposición a estas explicaciones, se preocupa por desarrollar un análisis del surgimiento del antisemitismo que incluya los aspectos que confluyeron para su configuración moderna. El declive de la Nación-Estado europea, junto con el crecimiento del populacho moderno se convierten en factores decisivos.

El declive del modelo de Nación-Estado europeo, trajo consigo la búsqueda por la igualdad en derechos, lo que implicó la pérdida de poder e influencia judía en las cuestiones del gobierno. Lo que trajo consigo la necesidad de que los judíos recibieran su ciudadanía,

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Arendt. (1998), p.31.

pese a lo contradictorio que esto representaba, pues la nacionalidad era pre-requisito para la ciudadanía, y esta le había sido negada durante siglos a los judíos. Sin embargo, la asimilación total de los judíos no era posible en medio de la necesidad que surgía en los gobiernos para la modernización del Estado dentro de la cuál la experiencia de los judíos jugó un rol fundamental.

La caída pues del modelo de Nación-Estado y la nueva búsqueda por la igualdad, trajo consigo el surgimiento de la sociedad de clases, una nueva y efectiva forma de dividir y reorganizar económica y socialmente a la población y que, a su vez, desplazó la igualdad a solamente su formalidad ante la ley. Así pues, la confluencia de una sociedad desigual a partir de la división de clases, pero con un sistema político igualitario, impidió el desarrollo de las repúblicas existentes y el surgimiento de una clase política distinta. Arendt señala que, para el caso de Alemania, y su transición al sistema de clases, aún se conservaban residuos feudales, lo que implicaba que una parte de la aristocracia aún sostenía su poder a partir de su relación con el Estado y no por el status que le otorgaría su pertenencia a una clase, en una sociedad de clases verdaderamente desarrollada.

Es ahí en donde Arendt encuentra una clave fundamental para entender el antisemitismo moderno. Los judíos representaban una excepción a la norma general de la sociedad de clases, pues no eran una clase por sí mismos, pero tampoco pertenecían a ninguna de las clases existentes en sus países. Es decir, su estatus provenía de ser judíos y no de su relación con otras clases. La necesidad ante los estados de una emancipación que otros grupos no requerían hizo que en torno a ellos se legislara para brindarles una protección especial, que frecuentemente era reforzada por la hostilidad de la sociedad; esto, junto con los servicios que les prestaban a los gobiernos, les permitió evitar ser inmersos en una clase o convertirse en una. De modo que es ahí cuando son admitidos en la sociedad, pero como un grupo autoprotegido dentro de una de las clases, la aristocracia o la burguesía. Confluyendo así “el interés de la Nación-Estado en conservar a los judíos como un grupo especial e impedir su asimilación en la sociedad de clases [...] el interés judío en su autoprotección y en la supervivencia como grupo”²⁰. Esto permitió que los judíos conservasen una posición

²⁰ Arendt. (1998), p. 35.

especial frente a los gobiernos, pero que, socialmente, no encontraron un escenario, pues no pertenecían realmente a la sociedad de clases.

Siguiendo los estudios de Arendt, el antisemitismo primitivo tuvo su primer brote de forma en la derrota por parte de Napoleón en 1807 en Prusia, cuando los “reformadores” transforman la estructura política prusiana ocasionando la pérdida de privilegios a la nobleza y entregándole la libertad de desarrollarse a las clases medias. Dicha transformación de la estructura política de Prusia reemplazó su sistema semi-feudal del despotismo ilustrado por una Nación-Estado, más o menos moderno, que se extendió hasta el Reich alemán de 1871, donde experimentó su fase final.

El inicio de una Nación-Estado en Prusia trajo consigo la búsqueda de la igualdad, lo que implicaba retirarle a la aristocracia sus privilegios. Sin embargo, los judíos conservaban un estatus de protección aun tras el cambio de la estructura política. Es a partir de ahí que surgen, desde la aristocracia prusiana, las primeras expresiones de antisemitismo sobre la base de que los judíos serían los únicos que conservarían privilegios. Sin embargo, dicho antisemitismo aristocrático se transformó en una suave discriminación una vez la nobleza de Prusia recobró su poder durante la Santa Alianza.

Simultáneamente al amainamiento del antisemitismo aristocrático, surgió por parte de los liberales y radicales un movimiento en oposición al resurgimiento de los privilegios de la aristocracia y contra la política continental del régimen policiaco de Metternich que, con los fuertes ataques al gobierno prusiano, configuraron prontamente estallidos antisemitas y la difusión en amplia escala de folletos antijudíos. Este movimiento introdujo dentro de los debates la distinción entre “los hermanos judíos” y la judería como grupo. Igualmente acuñaron dos equivocadas frases nacionalistas “Estado dentro del Estado” y “nación dentro de la nación”²¹. Sin embargo, los judíos no poseían otra aspiración política distinta a la lealtad al Estado y, aunque los judíos representaban un cuerpo social, no representaban un cuerpo político. Por tanto, no era posible que fuesen una nación dentro de la nación.

²¹ Arendt. (1998) p. 51.

Por su parte, el antisemitismo moderno en Europa tiene sus comienzos en el último tercio del siglo XX²². En el caso de Alemania, inicia con la oposición de los nobles a la pérdida de sus privilegios en el paso de la monarquía prusiana hacia la Nación-Estado en 1871 fundada por Bismarck. Entre las manifestaciones antisemitas de la nobleza alemana, se denunciaba a Bismarck como un agente a sueldo de Bleichröder quien sostenía una cercana relación con los Rothschild. Acusación que no era real. Y, aunque la aristocracia feudal de Prusia aún conservaba influencia en la opinión pública, no tuvo la suficiente fuerza para iniciar un verdadero movimiento antisemita en cabeza del capellán de la corte Stoecker.

Arendt hace una diferencia fundamental entre el antisemitismo como fenómeno cultural en el que los judíos debían ser excluidos de la nación y el antisemitismo político que aspiraba a la purificación de la nación a través de la expulsión del elemento judío del alma nacional. Según Arendt, dos rasgos van a caracterizar este paso del antisemitismo cultural al político: 1) la fuerza que toma el “populacho”, y 2) la conversión del Estado en un representante de la nación. Arendt define al “populacho” en la introducción a su obra como “los *déclassés* de todas las clases”²³.

1. 2. Los primeros partidos antisemitas

El surgimiento de los primeros partidos antisemitas en Francia, Alemania y Austria se da en los últimos 20 años del siglo XIX, tras una serie de escándalos económicos, en especial el *affaire* de Panamá, que implicó a miembros del Parlamento francés y una gran cifra de miembros del gobierno, al igual que a la aristocracia alemana y austriaca. Entre los grupos que sufrieron las pérdidas no solo estaban los distintos funcionarios del gobierno, la nobleza y los judíos, sino también una clase media baja que había depositado sus ahorros y quedado en la ruina. Este grupo se tornó de manera repentina en antisemita. Esperando la protección de los gobiernos estos se vieron obligados a recurrir a los créditos bancarios.

Gran parte de los bancos estaban bajo el control de los judíos, a quienes históricamente se les relacionó con el sector económico bancario y quienes, a su vez, eran vistos por los pequeños comerciantes como el equivalente al explotador del trabajador. La

²² Arendt. (1998) p. 51.

²³ Jerade. (2015), p. 357.

directa relación establecida por los movimientos de izquierda de clase media baja, con los banqueros como judíos y la comparación de estos con el explotador de los trabajadores, hizo que pronto su propaganda anti bancaria se convirtiera en propaganda más o menos antisemita. Sumado a esto, prontamente la clase media alemana identificó que la verdadera posición que ostentaban los judíos como banqueros no era producto de los pequeños créditos que realizaban a particulares, sino de los créditos que concedían a los Estados. Inmediatamente, ese descubrimiento arreció el odio social y económico por los judíos sobre la base de que estos estaban ascendiendo al poder a partir de su función como prestamistas del gobierno.

Por su parte, Engels identificó que los protagonistas del movimiento antisemita de su tiempo eran los miembros de la nobleza y que, el populacho de la pequeña burguesía, no representaba algo distinto al medio que intensificaba sus voces, gracias a que estos descubrieron el poder movilizador de los *slogans* antisemitas.

En los 80 el capellán Stoecker, descendiente de una familia de clase media conservadora, descubrió el poder movilizador de los *slogans* antisemitas para llenar salas antes vacías. Sin embargo, su dependencia de la Corona le impedía explotar el nuevo descubrimiento que, distante de su capacidad teórica, descubrió en medio de sus prácticas demagógicas. Una vez los seguidores del capellán Stoecker, personas de clase baja media, comerciantes y tenderos, descubrieron el atractivo de los *slogans* antisemitas, se separaron de Stoecker y promovieron una lucha a gran escala contra el gobierno y crearon partidos cuyos representantes en el *Reichstag* respaldaron con sus votos todas las propuestas del mayor partido de oposición, los socialdemócratas.

Una condición particular de los partidos antisemitas desde sus orígenes, según señala Arendt, es su vocación de poder superior a los otros partidos e incluso a la propia Nación- Estado. Bajo la consigna “por encima de todos los partidos” reivindicaron su búsqueda por estar políticamente por encima de los otros partidos consiguiendo el control total de la nación. Mientras que los movimientos de izquierdas se preocupaban por una transformación radical para unas clases sociales sin tocar directamente la suprema autoridad, los movimientos antisemitas enfocaban sus esfuerzos en conseguir la dominación del Estado. Desde su génesis los partidos antisemitas buscaron superar la estrechez de la nación y buscaron una relación con los asuntos internacionales, así pues, sus esfuerzos no apuntaban a la lucha por la

transformación de una clase, sino que se dirigían hacia el gobierno. Es decir, el movimiento antisemita mutó y superó a las formaciones antisemitas no activas²⁴, pasando de ser un instrumento para la eliminación de los judíos hasta escalar a ser una herramienta para la destrucción misma de la estructura política de la Nación-Estado.

Otra característica de los primeros partidos antisemitas fue su articulación inmediata en la esfera internacional con los otros grupos antisemitas de Europa enfrentado desde una estructura supranacional y de forma directa los *slogans* nacionalistas de entonces. La articulación Inter europea de los partidos antisemitas anunciaba el paso ulterior de su agenda, estar “por encima de todas las naciones”²⁵; curiosamente, los judíos eran el único elemento en la Europa nacionalizada. Prontamente el movimiento antisemita difundió entre las masas la convicción de que en toda Europa existían intereses idénticos²⁶, y prometían incluso la superación de los problemas internos de las naciones a través de una super estructura que, para ellos como movimiento, respondía a la destrucción de la estructura de las naciones- estado.

Los movimientos socialistas, tal como señala Arendt²⁷, solo fueron conscientes del alcance de los movimientos antisemitas cuando estos se convirtieron en un significativo competidor en el terreno nacional pues, mientras estos habían estado concentrados en asuntos interiores a razón de su lucha de clases, descuidaron por su desinterés los asuntos internacionales, dando la impresión de que solo los antisemitas tenían una solución para los asuntos Inter-europeos. De la misma manera identificaron las posibilidades que habrían podido significar los judíos dispersos por toda Europa de estar al servicio del federalismo socialista.

²⁴ Gracias a la equiparación por parte de los movimientos antisemitas de que la “reivindicación de un domino exclusivo no era más que lo que los judíos habían logrado en realidad” (Arendt, 1998, p.55), la acusación falsa a los judíos como un poder tras el gobierno gracias a una alianza secreta y la equívoca equivalencia entre la lucha por la eliminación de los judíos con la lucha de los trabajadores contra la burguesía, posibilitaron la superación de las formaciones similares sin un antisemitismo activo.

²⁵ Arendt, (1998), p.55.

²⁶ Ibid.

²⁷ Arendt, (1998), p. 56.

Con el final del siglo, los escándalos de los años 70 fueron olvidados gracias a la bonanza económica, en especial para Alemania. Igualmente, las prematuras agitaciones antisemitas de los años 80 fueron percibidas como finalizadas. Nadie contempló que la vuelta a la insignificancia de los partidos antisemitas y sus líderes tras la agitación de la opinión pública, significaría tan solo el apaciguamiento temporal del antisemitismo y que, una vez pasada la primera guerra mundial, resurgiría desde las sombras del recuerdo con una fuerza potenciada y conduciría a uno de los horrores más grandes que ha vivido la humanidad y que llevó a la comunidad judía al borde de su exterminio en los campos de concentración bajo la conocida “solución final” de los nazis.

1.3. El pensamiento racial y el racismo

Distinta a la idea que muchos puedan tener del pensamiento racial al equiparar indistintamente con el racismo como un producto del movimiento de Hitler, es preciso señalar que este ya se hallaba presente previo a la aparición del Movimiento Nacional Socialista Alemán.

Arendt señala que pocas ideologías, es decir aquellas ideas que pueden organizar a amplios grupos de la humanidad, han alcanzado un crédito real y que, solo dos ideologías han logrado superar a las demás: el pensamiento de clase y el pensamiento racial, difundido especialmente por divulgadores científicos como el inglés Thomas Huxley. La idea del pensamiento racial, que interpreta la historia como una lucha de razas, y el pensamiento de clases, que a su vez la interpreta como la lucha entre las clases sociales, permearon todos los debates sociales. Ambas ideas representan la posibilidad de explicar desde una teoría social, política y económica o de esencia científica, la evolución de la humanidad y la organización en torno al poder de forma racional.

El racismo ha sido visto en casos como una manifestación exacerbada de expresiones nacionalistas. Sin embargo, el racismo no había logrado construir una ideología que lograse movilizar y organizar en torno de sí amplios grupos sociales, en parte porque, como veremos, quienes eran movilizados por este eran los nobles que consideraban a todos los no pertenecientes a ellos como “un nuevo pueblo surgido de los esclavos”²⁸. El racismo, pues,

²⁸ Arendt. (1998), p. 148.

entendido como un arma política, se hace latente en el siglo XVII, sin embargo, no toma fuerza de manera inmediata.

Es en la época imperialista en la que el racismo puede observarse de forma más clara, a través de la búsqueda por convertir el aparato de las Naciones-Estado europeas en una fuerza policiva al servicio de la expansión y del cuidado de los capitales superfluos invertidos fuera de las fronteras de las naciones. El racismo es la principal arma ideológica de las políticas imperialistas²⁹, que seguían colonizando y anexando territorios y habitantes a los imperios europeos aún con las serias contradicciones que representaba esto frente a la vocación de la Nación-Estado.

1.2.1 Primeras manifestaciones desde la idea de superioridad germana

En el siglo XVIII, la sociedad francesa se hallaba llena de interés por los pueblos más diferentes, extraños y aun salvajes³⁰, esos que aún seguían siendo descubiertos y que dieron origen a grandes historias de viajes que se tomaron las lecturas de los franceses. Es con la nueva idea de la nación en parte respaldada por la monarquía absoluta en alianza con el *Tiers état*, donde se pueden encontrar los primeros gérmenes de un discurso de corte racista sostenido sobre la idea de una superioridad procedente de los orígenes.

Arendt encuentra en Francia las primeras expresiones de la lucha de una raza superior sostenida sobre las ideas del derecho por la conquista. En *Una "raza" de aristócratas contra una "nación" de ciudadanos*, hace seguimiento de las primeras luchas raciales en Francia partiendo de la oposición del conde de Boulainvilliers a la concepción de una nación francesa. Él planteó la existencia de dos pueblos dentro del mismo país, el descendiente de una raza superior "germánica" colonizadora y un pueblo con una mezcla de todos los orígenes y de esclavos. Advierte Arendt que aun antes de las manifestaciones del racismo imperialista, ya eran entendidos por el conde de Boulainvilliers a los habitantes originarios de Francia en el

²⁹ Arendt. (1998), p. 145.

³⁰ Ibid.

sentido moderno de nativos³¹, en sus términos, “súbditos”, pero no de la figura del rey, sino de todo aquel que descendiese de los pueblos colonizadores.

Si bien el planteamiento de Boulainvilliers no se sostiene sobre el término “raza” sino sobre la distinción de “pueblo”, este se puede rastrear como una de las expresiones racistas premodernas, pues la concepción misma de un pueblo conquistador y de un pueblo de conquistados y antiguos esclavos, no liberados por igualdad, sino por la generosidad de los colonizadores, implica ya una serie de cualidades y características naturales “inherentes” a cada pueblo.

Con la distinción de dos razas al interior de Francia, la nobleza hizo un descubrimiento más allá de su inconformidad frente a la idea del nacionalismo. Encontró en el discurso de “un pueblo superior” una conexión que les hacía tener más en común con los colonizadores de los otros imperios que con los franceses. Una amplia parte de la nobleza francesa, previo a la Revolución Francesa se vio obligada a desplazarse a territorio alemán. En la búsqueda de protegerse y organizarse frente a la caída de la monarquía francesa y la nueva idea de igualdad, buscaron infructuosamente organizarse de forma supranacional con ese pueblo de conquistadores sobre la base de la idea de ser un pueblo superior. Dicha discriminación producto del nuevo concepto social, fue aceptada durante un extendido periodo de antisemitismo social y sentó las bases para el futuro descubrimiento del odio como poderosa arma política.

Para el caso de la burguesía alemana, esta buscó un motivo de orgullo sin que esto implicase enfrentarse contra la nobleza. En la visión de la burguesía alemana, a diferencia de la burguesía francesa, no había un desprecio por las clases bajas de su país, su desprecio se centró en los otros pueblos. El concepto de “pureza racial” en la ascendencia como prueba de su nobleza, es impulsado por Adan Muller, quien elevó a ley natural el dominio de los débiles por parte de los fuertes, sosteniéndose sobre la idea del dominio de los poderosos sobre los que se encuentran privados de este. Sin embargo, las grandes semillas del racismo alemán, tanto la insistencia en encontrar un origen tribal por parte de los nacionalistas en el habla germana tras la guerra de 1814, como el establecimiento como personalidad innata de

³¹ Arendt. (1998), p. 146.

los románticos alemanes que se traducían en una nobleza natural e inadquirible a través de méritos, pavimentaron el camino que condujo a una ideología racista en Alemania.

1.2.2. Surgimiento del concepto de raza

Es con el conde Gobineau, en Francia, que surge por primera vez el racismo como concepto y corriente ideológica. Arendt describe al noble como una curiosa mezcla de noble frustrado y de intelectual romántico que inventó el racismo casi que por accidente. En su obra, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, sentó la base para las posteriores teorías raciales. Sin hacer uso del desarrollo de Darwin o cualquier otra teoría evolucionista y atraído de forma particular por la decadencia de las civilizaciones, adoptó las doctrinas dieciochescas que acusaban el origen de la burguesía producto de los esclavos galomarras, mientras exaltaba el origen germano de la nobleza, junto con su carácter internacional.

Persiguiendo la creación política de una élite con la capacidad de sustituir a la nobleza, planteó el paso de “príncipes” a “una raza de príncipes” y alertó sobre una amenaza latente a la raza aria por parte de las clases inferiores. Con el planteamiento de Gobineau, acerca de la existencia de una “raza”, se organiza el planteamiento de los románticos acerca de una “personalidad innata” por parte de los burgueses alemanes, creándose así una aristocracia natural destinada a gobernar las demás razas sin distinción.

La sustitución de lo “abstracto” por las relaciones interactivas concretas y por las pertenencias a grupos que se han perdido, proporcionó el catalizador que transforma el “pensamiento racial” (el cual, sostiene Arendt, data de la Europa a mediados del siglo XVIII) en racismo a gran escala. El racismo es abstracto precisamente porque sustituye características generales (por ejemplo, “astuto”), supuestamente verdaderas de grupos enteros (los judíos), por descripciones basadas en encuentros concretos con personas particulares y aplicables sólo a las personas particulares que realmente se encuentran. En la consideración de Arendt, varios aspectos de las luchas internas (en su mayoría de clase) de las naciones europeas desde 1750 hasta finales de 1800, afirmaron la superioridad racial en un intento de legitimar las pretensiones de monopolizar el poder político y/o social.

Pero tales intentos fueron generalmente marginados cuando el Nación-Estado europea reconoció que “el racismo puede provocar conflictos civiles en todos los países y es

uno de los dispositivos más ingeniosos jamás inventados para preparar la guerra civil”. Dado que ningún espacio geográficamente definido será alguna vez étnicamente puro, la Nación- Estado no es un Estado étnico, insiste Arendt, sino que sólo es posible cuando “el gran principio sobre el cual se construyen las organizaciones nacionales de pueblos, el principio de igualdad y solidaridad de todos los pueblos garantizados por la idea de la humanidad” es aceptado. En resumen, el racismo se mantuvo bajo control en la Europa de los Estados- naciones emergentes, porque el racismo “tiende a destruir el cuerpo político de la nación”³² El racismo es una parte vital del totalitarismo precisamente porque el totalitarismo apunta justamente a esa destrucción del cuerpo político³³.

1.2.3. Los panmovimientos

Los Panmovimientos surgen en la búsqueda de unir el pueblo eslavo y el pueblo germánico. Tanto el paneslavismo como el pangermanismo buscaron agrupar a los pueblos de ascendencia eslava y germana, respectivamente, en torno a un origen común, soportando desde los estudios filológicos, antropológicos y literarios su búsqueda de unificación. Con una identidad nacionalista, los Pan-movimientos impulsaron la unificación de los pueblos eslavos y germanos.

Bajo la seducción de esta forma de nacionalismo, se adhirieron miembros de las profesiones liberales, poetas, profesores: la inteligencia como le llama Arendt. Estos, sin una vocación real de dominación, dirigieron tanto el pan-eslavismo como el pan-germanismo.

Es preciso apuntar que el momento en el que surge el imperialismo no coincide con el nacimiento de los pan-movimientos, que para los 80 ya habían dejado de ser teorías vagas y eslavófilas³⁴. Es así como, desde mediados del siglo XIX, el sentimiento pangermánico ya era bastante conocido en Austria. Y al igual que el imperialismo, los panmovimientos cristalizaron en movimientos que consiguieron atraer a grandes masas a partir de la sola idea de la expansión. Mientras las naciones occidentales avanzaban en el proceso de colonización y de expansión, la Europa Central y Oriental carecía de colonias y de posibilidades de

³² Arendt, (1998), p, 224.

³³ McGowan y Sánchez, (2017), p. 166.

³⁴ Arendt, (1998), p. 191

expansión ultramarina. Tanto los pangermanos como los paneslavos tenían claro que, siendo territorios continentales, sus colonias debían así mismo serlo. Bajo la sentencia, “deseo dominar la tierra”, enfrentaron los deseos imperialistas ingleses de “dominar el mar”.

Tal como señala Arendt³⁵, es de los panmovimientos de los que Hitler y Stalin nutrieron más las agendas de sus movimientos totalitarios. Tanto el Pangermanismo como el Paneslavismo fueron para los líderes totalitarios fundamentales para la cristalización del movimiento totalitario. Hitler y Stalin eran conscientes de la importancia que revestía la agenda exterior para sus movimientos, es por ello, que tanto el nazismo como el estalinismo siguieron de cerca las estrategias planteadas por los programas de conquistas de los panmovimientos. Fue así, que resultó común confundir el accionar de los nazis y soviéticos, con la consecución de los intereses permanentes de los alemanes o rusos.

1.3. El imperialismo

El *imperialismo* del que se ocupa Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, se limita exclusivamente al imperialismo colonial europeo, el cual encuentra su fin en la entrega voluntaria por parte de la Corona Británica del territorio de la India, del cual señala que, pese a que por conveniencia se ha señalado 1870 como el año de surgimiento del imperialismo, es durante las tres décadas que transcurren entre 1884 y 1914 que este constituye su real ímpetu. A diferencia de Asia y África, como apunta la autora, el imperialismo en Europa se desarrolló de forma sosegada, lo que hace que se considere aún como un hecho del siglo XX, sumado a la “Edad de Oro de la seguridad”³⁶. Sin embargo, la cercanía del espíritu imperialista con los movimientos totalitarios, requiere que este sea analizado como un periodo que sirvió de fase preparatoria³⁷ para las subsiguientes catástrofes.

³⁵ Ibid.

³⁶ La Edad de Oro de la seguridad, fue un periodo de relativa tranquilidad para el pueblo judío. Una vez superado por la bonanza económica el affaire Dreyfus, los partidos antisemitas perdieron relevancia en la esfera pública y las expresiones antisemitas fueron moderadas dentro de la cordura como señala Arendt (1998, p.116). Dicho periodo se extiende exactamente hasta 1914.

³⁷ Hannah Arendt es consciente de la complejidad que encierra el planteamiento del imperialismo como una fase preparatoria de los horrores que le siguieron a las tres décadas entre 1884 y 1914 en la Alemania Nazi.

“El imperialismo doméstico no es aún totalitarismo. Para que esa transición ocurra, los partidos totalitarios no sólo deben explotar los deseos de unidad y ventaja económica junto con las patologías de aislamiento y superfluidad, sino que también deben emplear activamente el terror para destruir cualquier relación vivida fuera de la red totalitaria”³⁸.

El imperialismo ocupa como acontecimiento central la emancipación de la burguesía. Estos como clase habían conseguido lo que ninguna otra en la historia, obtener un crecimiento y bonanza económica al margen de la lucha por el poder. La burguesía prosperó de la mano de los monarcas europeos y, con ellos, en el marco del sistema de la Nación- Estado que siempre ejerció indistintamente sobre todas las clases sociales aun cuando la burguesía ya estuviese establecida como la clase dominante. El periodo imperialista representó para la Nación-Estado una época convulsa en la que su “sus instituciones se terminaron por establecer como el centro neurálgico de las decisiones políticas, pero también, y simultáneamente, como el marco desde el que se tenían que emplazar las operaciones capitalistas de la burguesía”³⁹. Sin embargo, aún con los intentos por emplear el aparato de la Nación-Estado para intereses económicos de la clase burguesa, está nunca obtuvo una real victoria sobre la Nación-Estado.

Una vez entran en contradicción el espíritu de expansión del imperialismo con los límites nacionales que representaban una barrera para la expansión de la economía se muestra la incapacidad de la Nación-Estado para ser el marco del desarrollo ilimitado que perseguía el sistema capitalista. Una vez revelada esta incapacidad por parte de la Nación-Estado, se abre paso en la lucha por el poder la clase burguesa. Esta lucha se hizo presente y pasó de ser un enfrentamiento latente entre el Estado y la sociedad, a ser una lucha entre el Estado y la burguesía quien se organizó por primera vez y apostó por el movimiento de Adolf Hitler para hacerse del poder.

Sin embargo, aún con el alcance del poder por parte de las clases burguesas, persiste una diferencia infranqueable entre la estructura económica y la estructura política. A

La ominosa realidad de lo ocurrido dentro de los campos de concentración o los campos de la muerte, es tan aislada de ambiente general del siglo XX y el imperialismo, como cualquier otro periodo de la historia occidental.

³⁸ McGowan y Sánchez, (2017), p. 171.

³⁹ Arribas. (2010), p. 266.

diferencia de la estructura económica la estructura política no puede ser ilimitadamente expandida, pues, gran parte de la configuración de la Nación-Estado se desarrolla sobre la identidad de un pueblo y, fundamentalmente, en las instituciones de carácter estatal erigidas en un territorio y sobre la productividad del hombre, que, tal como señala Arendt, es limitada.

Dentro de la búsqueda de la burguesía por conseguir el dominio de las naciones estado surgió una alianza con el populacho que significó el ascenso del nazismo al poder. El populacho según Arendt⁴⁰, tiene la capacidad como grupo de representar los residuos de todas las clases sociales, lo que ocasiona que comúnmente se le confunda con el pueblo, que está conformado por todos los estratos de la sociedad. Así pues, la diferencia fundamental entre estos dos grupos recae en la búsqueda por la verdadera representación. Mientras que en las revoluciones el pueblo lucha por obtener una verdadera representación, el populacho se mueve y proclama la figura de un gran líder. Este último, a razón de su exclusión odia a la sociedad y a las instituciones que puedan representarla pues de este también son excluidos.

Sin embargo, la victoria obtenida por el nazismo a partir de la alianza con el populacho no tuvo los efectos esperados. La alianza con el populacho de disolvió una vez alcanzaron el poder y reveló la capacidad de este de cuidar de los asuntos políticos sin ayuda de la clase burgués y, opuesto a todo proyecto de la clase hasta entonces dominante. La burguesía no logró destruir la Nación-Estado, pero el populacho liquidó a la burguesía, como a las instituciones y las demás clases sociales.

La expansión, fue el principio motor, el objetivo permanente y el propósito supremo del imperialismo como planteamiento político. Al igual que posteriormente el fenómeno del totalitarismo requerirá de convertirse y ser analizado como algo no antes visto, el imperialismo requiere también de un análisis propio que lo desmarque de otras prácticas de poder.

El imperialismo no implica, tal como señala Arendt⁴¹, el saqueamiento de manera temporal a otros territorios o una asimilación de la conquista con mayor extensión temporal.

H. Arendt, señala que el imperialismo es un nuevo concepto en la historia del pensamiento y

⁴⁰ Arendt. (1998), p. 105.

⁴¹ Arendt. (1998), p. 118

de la acción política, esto resulta sorprendente, pues no son comunes los conceptos enteramente nuevos en política. Sin embargo, siguiendo a la autora, el imperialismo como un nuevo concepto responde a que no es un concepto realmente político, sino que proviene del campo de la especulación comercial. Así “la expansión significa el permanente aumento de la producción industrial y de las transacciones económicas, característico del siglo XIX”⁴². Con su génesis en el alzamiento de la clase burguesa, dominante en la producción capitalista, ante la Nación-Estado por las limitaciones nacionales a su expansión económica. La recurrencia de la clase dominante a la política para no renunciar al sistema capitalista, produjo la imposición al Estado del espíritu del imperialismo, *la expansión*, lo que llevó a los gobiernos a ver la política exterior, únicamente desde el ángulo de la expansión como objetivo político exterior.

Bajo el slogan “la expansión por la expansión” se cristalizó la búsqueda de la clase burguesa por llevar al sistema político al servicio del sistema económico. Sin embargo, como es natural, se dio un choque entre la expansión de no solo un gobierno, sino de múltiples, que en su fase inicial pudo ser visto como imperios competidores⁴³, sujetándose al “principio nacional de la humanidad como una familia de naciones que rivalizan por sobresalir”⁴⁴. Sin embargo, dentro de la competencia de los imperios, puede creerse que, tal como lo sugiere el pensamiento económico liberal, la competencia fijará sus límites sin permitir que un competidor liquide a los demás. Arendt es, sin embargo, descreída de dicha postura, pues, tal como lo señala, ese equilibrio en la competencia de las naciones ha recaído en parte en las instituciones y en las instituciones policíacas que controlan que un competidor armado, como lo es un imperio, liquide a los otros.

La intrusión en las naciones-estado de la idea política imperialista implicaba grandes retos. La genuina convicción de las naciones-estado de imponer a los bárbaros una ley superior⁴⁵ hacía imposible que, una Nación-Estado buscara conquistar los pueblos

⁴² Arendt, (1998), p. 118.

⁴³ Arendt (1998, p. 118.) señala que estos “imperios” se diferencian de la idea de imperio del mundo antiguo y medieval como una federación de estados, bajo una hegemonía que perseguía el abarcar todo el mundo reconocido.

⁴⁴ Ibid.

⁴⁵ Arendt. (1998) p. 119.

extranjeros. Así, esto se manifestó en la incapacidad de conquistar a los irlandeses por parte de los británicos, o la incorporación de Argelia como provincia francesa, pero la imposibilidad de convencerse a sí mismos de imponer sus leyes a los árabes, permitiendo que estos conservasen la ley islámica, y que, a sus ciudadanos árabes, pese a que el territorio nominalmente era francés, se les reconociese con un “status personal” que no los hacía ciudadanos franceses. Pues, además de la conquista de pueblos bárbaros, es parte de la concepción de la Nación-Estado la validez que tiene la ley dentro de sus territorios, pero su pérdida de aplicabilidad fuera de ellos. Sin embargo, esto no impidió la dominación y colonización tal como Arendt lo muestra⁴⁶.

Es así que, aun cuando el imperialismo se propuso poner al servicio de la expansión el aparato de las naciones-estado, los administradores imperialistas siempre tuvieron claro que la incapacidad del espíritu de la nación representaba una amenaza para la dominación imperialista. La permisividad del nacionalismo, tras las conquistas de los pueblos al dejarles seguir sus propias leyes, concluye el triunfo de los nacionalismos por encima de los conquistadores. Pues, dado que, el imperialismo deseaba la expansión del poder político que se halla en la estructura de la Nación-Estado, pero despreciaba la existencia de un cuerpo político.

Así, la expansión desencadenada por la crisis de la superproducción de capital, ocasionó la aparición de dinero superfluo y el dinero producto del ahorro ya no encontraba inversiones dentro de las naciones. A diferencia de otros sistemas, no es el poder el que abre paso al dinero en el imperialismo, sino que, la inversión tras las fronteras nacionales hace necesario la exportación de poder para el cuidado del dinero invertido fuera ante los riesgos financieros. La burguesía, que constituía la clase dominante, estuvo durante mucho tiempo al margen del poder mientras no encontró en este un límite para su desarrollo económico, sin embargo, una vez se enfrentó a las limitaciones que insondablemente representaba la esencia de la Nación-Estado para la producción capitalista, encontraron en esta la razón para alzarse

⁴⁶ Siguiendo a Carlton J. H. Hayes en 15 años, el Imperio Británico, aumentó “en 4,5 millones de millas cuadradas y en 66 millones de habitantes; la nación francesa ganó 3,5 millones de millas cuadradas y 26 millones de personas; los alemanes consiguieron un nuevo imperio de un millón de millas cuadradas y 13 millones de nativos, y los belgas, a través del su rey, adquirieron 900.000 millas cuadradas con una población de 8,5 millones de habitantes” (Arendt, 1998, p. 117).

en contra sus naciones-estados, emancipándose así gracias al imperialismo. Emancipación que en el pensamiento de la pensadora Arendt, es el acontecimiento central del imperialismo.

Prontamente la burguesía comprendió que la acumulación de capital era la única forma a través de la cual garantizarían la estabilidad de las leyes económicas y de que el poder organizado engendraría más poder. Es preciso advertir que el imperialismo, con el uso por parte de la burguesía del aparato del Estado como una fuerza policíaca, es más que la consideración del fin del capitalismo; por el contrario, la dominación política de la burguesía sienta las bases para lo que luego se conocerá como el totalitarismo⁴⁷.

El imperialismo significó un duro golpe a la estructura de las Naciones-Estado, pues dio paso a la conversión de los empresarios en hombres de Estado, mientras que a los hombres de Estado solo les dio crédito si estos hablaban el lenguaje del empresariado.

1.4. Decadencia del modelo de Nación-Estado y los Derechos del Hombre

Una vez se detonó el primer explosivo el 4 de agosto de 1914, la Nación-Estado sufrió fracturas que fueron imposibles de reparar. H. Arendt señala la imposibilidad de describir de manera precisa el paso entre “el periodo” previo y el inicio de la Primera Guerra mundial como el cierre y el inicio de una nueva etapa, pues es con el estallido de la primera bomba como se señala el día anterior y el inicio de un sin número de eventos catastróficos. Tal como dice Arendt⁴⁸, el daño que la Primera Guerra Mundial causó a la comunidad de naciones europeas alcanzó dimensiones nunca antes vistas, a tal punto que hizo irreparable su resolución. La destrucción de los pequeños propietarios a causa de la inflación, la vinculación al paro de miembros de las distintas clases, superando la participación única de la clase trabajadora prácticamente en todas las naciones, el aumento de las guerras civiles y la exacerbación de su crueldad, que a su vez dejaban un amplio número de migraciones, fueron el reflejo de la nueva realidad que vivía el continente europeo una vez desatada la Primera Guerra mundial.

⁴⁷ Arendt, lo define así “El imperialismo debe ser considerado primera fase de la dominación de la burguesía más que como la última fase del capitalismo”. (1998, p. 127).

⁴⁸ Arendt. (1998). P.225.

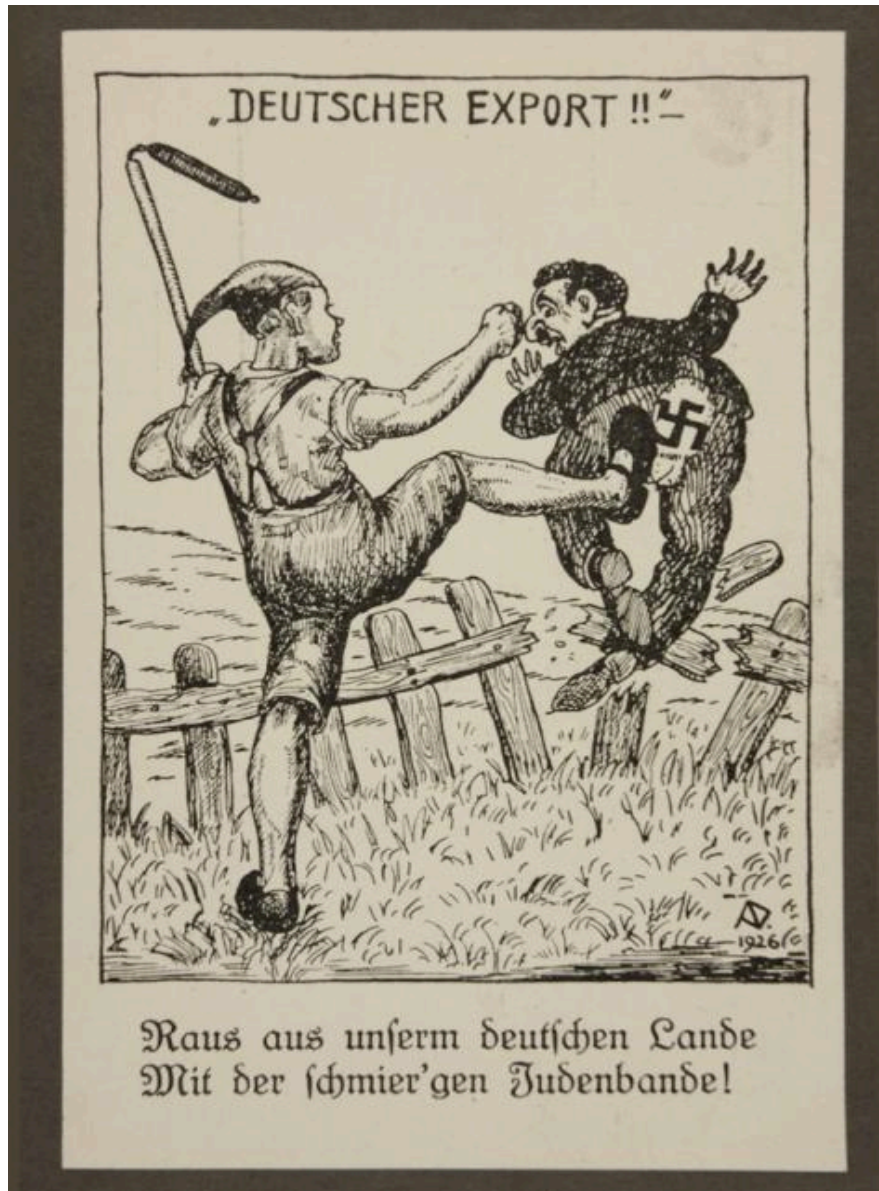
La migración que experimentó Europa después de 1914 se diferenció de los procesos migratorios previos a causa de cualquier enfrentamiento. Con la decadencia que vivía la Nación-Estado, los Derechos del Hombre vivieron como resultado su final. Siendo así que, quienes se veían arrojados a migrar, una vez abandonaron sus estados, se vieron sin protección de estos y fueron convertidos en apátridas, privándoles de los derechos que antes fueron concebidos como inalienables: los Derechos del Hombre. Tanto los apátridas como las minorías, se vieron arrojados a la desprotección total de una patria, teniendo que vivir sin un Estado que les garantizase de manera alguna el acceso a los derechos fundamentales que poseían antes de migrar y a un Estado que les representase. Así pues, fueron obligados a la disyuntiva de vivir entre la ley de excepción que proporcionaban los tratados para las minorías, o la total ilegalidad. Fue quizás la pérdida de los derechos humanos de miles de personas a causa de la migración lo que desnudo el sistema político de Europa.

La desnacionalización se constituyó así en un nuevo elemento de desintegración política y social en el periodo de posguerra. Con Europa Oriental y Meridional atravesando por una crisis con las minorías y la migración de los apátridas hacia la Europa central y occidental, el totalitarismo encontró una herramienta fundamental en la incapacidad de los Estados para garantizar los derechos humanos de los migrantes que les garantizaban su nacionalidad, ahora ausente. Ese Estado sin derechos que experimentaron las minorías, sirvió de materializador de las sentencias totalitaristas, convirtiendo a los apátridas sin derechos en la escoria de la tierra⁴⁹.

⁴⁹ “El periódico oficial de las SS, *Die Schwarze Korps*, declaró explícitamente en 1938 que, si el mundo no estaba todavía convencido de que los judíos eran la escoria de la tierra, pronto lo estaría, cuando mendigos no identificados, sin nacionalidad, sin dinero ni pasaporte, cruzaran sus fronteras”. (Arendt, 1988, p.226)

Figura 1.

¡Deutscher export! Hacia 1926.



Nota. El texto dice: ¡Arrojemos al falso bando de los judíos del país alemán!

Los jefes totalitarios como podrá verse en adelante, no ocultaban sus intenciones, así, en la figura 1 que corresponde a un cartel Nazi, se observa el llamado “*Raus aus unferm seutiden lande mil ser fdymier’gen Budenbansel*”⁵⁰

El modelo de Estado-Nación, pese a haberse visto afectado por el auge del imperialismo y los pan-movimientos, nunca había experimentado una amenaza a su estabilidad proveniente del propio seno de dicha estructura política. Tras la Primera Guerra mundial, la desintegración interna se hizo visible a través del nacimiento de nuevos grupos de minorías producto de los tratados de paz, al igual que de un movimiento en constante aumento de refugiados a razón de las guerras.

Guardando las imperfecciones propias de una generación formada en la época de preguerra, los tratados de paz buscaron enfrentar los nuevos problemas de la política mundial de cara a lo que significaba el problema de la nacionalidad. Producto de los estos tratados de paz fueron agrupados múltiples pueblos en cada uno de los distintos Estados, denominándoles a algunos de estos, tal como señala H. Arendt⁵¹, “estatales” y entregándoles el cuidado del gobierno, con la presunción de que los demás estados se adherirían a estos acuerdos y acogerían a los distintos pueblos, cuestión que no resultó real, tal como es el caso de los eslovacos quienes, en su lucha contra el gobierno checo, y con el apoyo de Hitler, consiguieron la independencia de Eslovaquia.

Sobre los tratados de paz llegó a deducirse, “que estos habían sido concebidos únicamente como un método indoloro de asimilación”⁵². Estos tratados se vieron enfrentados a la posición que señalaba que las antiguas naciones como Francia, disfrutaban ya de constituciones garantes, pues, se forjaban sobre un principio superior a la nacionalidad, es decir, los *Derechos del Hombre*, y que estos no precisaban frontera. Por lo tanto, su aplicabilidad solo era necesaria para el caso de los Estados recientemente formados.

H. Arendt señala dos grandes golpes a las Naciones-Estado por la llegada de los refugiados. El primero corresponde al derecho de asilo, que era considerado quizá como un

⁵⁰ ¡Arrojemos al falso bando de los judíos del país alemán!

⁵¹ Arendt, 1998, p.227

⁵² Arendt, 1998, p.229

símbolo de los Derechos del Hombre dentro de la esfera política internacional, el cual fue casi desmontado progresivamente a medida que centenares de refugiados arribaban a los distintos Estados. La concepción del derecho de asilo como un anacronismo, implicó que como afirma la pensadora alemana, siguiendo a Lawfor Childs, “no puede hallarse en la ley escrita, en ninguna constitución o en acuerdo internacional alguno, y el pacto de la Sociedad de Naciones ni siquiera llegó a mencionarlo”⁵³. El segundo gran golpe, fue su capacidad de incompreensión de que los refugiados no podían ser transformados en nacionales del país al que habían acudido a refugiarse o que simplemente podrían desembarazarse de ellos. El mundo coincidió en que la repatriación o la nacionalización, eran las dos maneras para resolver el problema; sin embargo, prontamente los países descubrieron con los primeros migrantes que ninguno de los dos sistemas daba resultados. Igualmente, que los países de refugio se negaban a reconocer el estado de apátridas de sus refugiados y con la ruptura de la trinidad Estado-pueblo-territorio, prontamente se hizo visible que todos los judíos alemanes y austriacos se constituían en potenciales apátridas.

Los Derechos del Hombre por su parte, significaron desde su declaración en la segunda mitad del siglo XVIII, un parte aguas en la historia, pues desplazaban de la base de la ley a Dios, situando en su lugar al hombre⁵⁴. Siendo el hombre el origen y el fin de estos derechos, los cuales “eran proclamados “inalienables”, irreductibles e indeductibles de otros derechos o leyes”⁵⁵, no precisaban de la necesidad de invocar alguna autoridad divina o institucional, pues el hombre era la fuente y el objetivo último de los Derechos del Hombre. Sin embargo, esos hombres emancipados a razón de sus derechos, que por su espíritu mismo eran considerados superiores a todos los gobiernos, prontamente identificaron que “en el momento en que los seres humanos carecían de su propio gobierno y tenían que recurrir a sus mínimos derechos no quedaba ninguna autoridad para protegerles ni ninguna institución que deseara garantizarlos”⁵⁶. Así pues, los apátridas se convencieron de que al momento de

⁵³ Arendt, 1998, p.235

⁵⁴ La declaración de los Derechos de Hombre, implicó consigo una separación de los derechos de los privilegios históricos que habían concedido a determinados estratos de la sociedad. “La declaración señalaba la emancipación del hombre de toda tutela y anunciaba que había llegado a su mayoría de edad” (Arendt, 1998, p. 242-243.

⁵⁵ Arendt. (1998), p. 243.

⁵⁶ Ibid.

perder su nacionalidad, perdían a su vez sus derechos humanos. Igualmente, los Derechos del Hombre, tal como Arendt lo plantea⁵⁷, demostraron que aun con su carácter de inalienabilidad, eran inaplicables incluso en los países cuyas constituciones se encontraban aparentemente fundadas sobre la base de estos derechos.

H. Arendt señala las dos primeras pérdidas que vivieron los fuera de la ley en el marco del “final de los Derechos del Hombre”. La primera, corresponde a la pérdida, por parte de los sin ley, de sus hogares. La pérdida del lugar con el que han establecido los individuos una relación distinta a razón de la construcción propia de sus redes sociales y familiares y que lo hacen su lugar diferenciado en el mundo, es habitual a lo largo de la historia en los casos de migraciones forzadas individuales o colectivas que responden a motivos políticos o económicos. Sin embargo, la pérdida de los hogares de los sin ley es algo novedoso, pues en su caso no pierden únicamente su hogar sino que se enfrentan a la imposibilidad de establecer uno nuevo. Quienes migraron no encontraron países sin exceso de restricciones, países en los que pudieran asimilarse a territorio alguno en el que les fuese posible encontrar una nueva comunidad. La cuestión del no lugar que experimentaban los migrantes, no respondía a condiciones de sobrepoblación de los países, sino tal como plantea la autora alemana⁵⁸, el problema se fundaba en que la organización política no era consciente de que la humanidad que por tanto tiempo se había refugiado dentro de la comunidad de naciones, atravesaba una etapa en la que, en el momento en el que alguno era arrojado de una estas comunidades cerradas y tan estrechamente organizadas, era a su vez arrojado de la familia de naciones.

La segunda pérdida identificada por Arendt responde a que los sin ley, por su condición de haber perdido la protección de su gobierno, y la directa relación con el arrojamiento de la familia de naciones, perdían también su status legal en todos los países. Por su parte, el derecho de asilo nunca se constituyó en una práctica legalmente incorporada a la constitución, pero sí funcional; en algunos casos, se vio enfrentado a que las categorías requeridas para la atención de los perseguidos eran demasiado numerosas para que una práctica no oficial, que estaba destinada a casos extraordinarios, pudiera dar respuesta efectiva al asunto. El derecho de asilo presuponía que el sujeto perseguido por sus posturas

⁵⁷ Arendt, (1998), p.245.

⁵⁸ Ibid.

políticas o religiosas no estaba fuera de la ley en el país en el que se asilase. Sin embargo, la razón por la que serían perseguidos bajo la Alemania Nazi y la Rusia Soviética responde al nacimiento dentro de una raza o clase inadecuada.

La condición de apátridas y la negativa al reconocimiento por parte de sus propias naciones, sumada a la incapacidad de dar solución por parte de los países a los que se dirigían los migrantes, permitió finalmente lo que pronto descubrirían los Nazis. Esto es que, al privar de status legal, convertían en ilegales a sus prisioneros y, una vez concentrados en los *ghettos*, asegurándose que ningún país les reclamaría, seguidamente procedían a la “solución final”. Así pues, afirma H. Arendt “El hecho es que antes de que se amenazara el derecho a la vida se había creado una condición de completa ilegalidad”⁵⁹, lo que hacía totalmente vulnerables a las víctimas ante el aparato de horror totalitario.

Así, el *antisemitismo*, el *racismo* y el *imperialismo* constituyen los factores fundamentales en lo expuesto por Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* para el surgimiento del totalitarismo que, junto con su propaganda es el objeto central del presente texto. En el siguiente capítulo, es preciso dar paso a la exposición de lo que Hannah Arendt identifica y categoriza como totalitarismo, su organización, el uso totalmente nuevo que hace del cuerpo policial y la manera como este opera una vez alcanza el poder.

⁵⁹ Arendt. (1998), p. 247

2. ¿Qué es el totalitarismo?

El término *totalitarismo*, tal como sugiere Martínez Meussi⁶⁰, fue empleado por primera vez para referirse a un gobierno por Giovanni Amendola en mayo de 1923, al dirigirse al gobierno del italiano Benito Mussolini. Sin embargo, a partir del trabajo de Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, el término adquiere un corpus teórico que constituye una nueva categoría política en materia de designar a una forma de gobierno, en el caso particular de estudio el alemán Nazi y el ruso Soviético.

El totalitarismo, como forma de gobierno, constituye una forma no antes vista, diferenciándose de las dictaduras, monarquías, autoritarismo o democracias y demás formas de gobierno previas. Tal como lo plantean Aguirre y Malishev⁶¹, Arendt se encarga de hacer todo un desarrollo creativo del enfoque teórico iniciado por Ernst Frenkel y Frantz Neuman en los años cuarenta en el que vislumbraron en el totalitarismo una total ruptura con las normas legales e ilegales de gobierno al igual que entre el poder legítimo e ilegítimo.

La posibilidad de existencia del totalitarismo únicamente puede darse en medio de una sociedad de masas superfluas que, tal como lo plantea Arendt, han adquirido un apetito de poder y organización política⁶² y se encuentran totalmente aisladas de lo que ocurre realmente en el mundo. “La dominación totalitaria como forma de gobierno resulta nueva en cuanto que no se contenta con ese aislamiento social, sino que destruye también la vida privada. Se basa en la soledad, en la experiencia de no pertenecer en absoluto al mundo, que figura entre las experiencias más radicales y desesperadas del hombre”⁶³ para conseguir la dominación total de los hombres

Esquirol, siguiendo la idea de Arendt, afirma al hombre-masa supuesto por el totalitarismo como un ser absolutamente moldeable, al que tiene por objetivo destruir su sentido común en totalidad y proveer la reconstrucción de su realidad⁶⁴. Es decir, el totalitarismo anula cualquier posibilidad de conocimiento de la realidad distinta a este. Para

⁶⁰ (2011), p.47.

⁶¹ Aguirre y Malishev. (2011), P. 10.

⁶² Arendt, (1998), p. 257.

⁶³ Aguirre y Malishev. (2011) p.14

⁶⁴ Esquirol, (1991), p. 10

ello es no solo favorable su estructura organizativa que va aislando progresivamente a cada uno de los niveles del movimiento, sino que hace uso también de las distintas formas de propagandas, desplazándolas progresivamente con el adoctrinamiento hasta alcanzar la dominación total por medio del terror.

El totalitarismo, como ideología política, tiene por núcleo “la transformación de la esencia del hombre”⁶⁵ como materialización de su slogan “todo es posible”. Es por eso que el totalitarismo, a diferencia de los partidos políticos, no busca la organización de los individuos a partir de una idea propia de sus clases sociales, este persigue la organización y control de las masas, pues solo en estas se hace posible la alienación total de los hombres. Aquellos que conforman la masa son individuos en una total condición de superfluidad, sin pertenencia a un lugar o una clase política y aislados.

2.1. La organización totalitaria

Los movimientos totalitarios ponen en marcha todo un sistema organizativo que no pretende agrupar o representar sujetos autónomos y libres a partir de los intereses propios de su clase como los partidos políticos hasta el momento conocidos, sino que, construye una novedosa forma organizativa en la que el único sujeto realmente consciente de lo que sucede, en medio de la masa amorfa y superflua, es el líder.

La organización política totalitaria está —en su totalidad— pensada y ejecutada para graduar y materializar el mundo ficticio que ha construido su líder, guiando cada acto de los miembros del movimiento a partir de las normas de ese mundo ficticio, incluso, aun cuando las sociedades no sean enteramente totalitarias y los movimientos totalitarios no hayan alcanzado el poder. Esto solo es posible, gracias a la manera en cómo el movimiento totalitario va aislando progresivamente a cada uno de los niveles de sus miembros, tal como una secta secreta hasta

⁶⁵ Arendt, (1998), p. 284.

sumergirlos totalmente en su ficción, imposibilitando cualquier posibilidad de existencia de un “cuerpo político”⁶⁶.

Para comprender la estructura organizativa de los movimientos totalitarios es necesario ir desplazándose desde el mundo real hacia el mundo ficticio construido por estos. Antes de la consecución del poder por parte de los movimientos totalitarios, las organizaciones frontales, tal como plantea Arendt⁶⁷, son el medio de organización más sorprendente. En estas se diferencian los miembros del partido de los simpatizantes y tienen por función rodear a los militantes del movimiento a modo de un cerco de protector el mundo normal exterior y que se constituye en un puente hacia él, impidiendo cualquier contacto directo con este por parte de los ya iniciados en el movimiento. Las organizaciones frontales revisten suma importancia para el movimiento, pues, además de aislar a los miembros, dotan al movimiento de una apariencia de normalidad con mayor efectividad que lo que puede hacerlo el adoctrinamiento e incluso la propaganda misma.

Así mismo, la primera impresión del mundo exterior frente a los movimientos totalitarios es a partir de las organizaciones frontales que están conformadas por simpatizantes, quienes poseen expresiones y opiniones aparentemente normales y que difunden el mensaje propagandístico de estos de forma más espontánea y con una respetabilidad mayor a la de un ejercicio publicitario. Así, de la misma manera como los compañeros de viajes o simpatizantes constituyen un muro protector para los afiliados, estos son otro que separa a los militantes de los simpatizantes y el mundo exterior, dándole a estos una apariencia de normalidad.

Dentro de la organización totalitaria se desarrollaron técnicas de duplicación del mundo que operó como una “para-estructura” del mundo real. Tanto en Alemania como en Rusia, se desarrollaron organizaciones de profesores, abogados, doctores, maestros universitarios, obreros y demás profesiones, conformadas por miembros del Partido, funcionando de forma paralela a las de aquellos que se encontraban fuera de la ficción totalitaria. H. Arendt señala que “la diferencia entre los nazis y los bolcheviques en este

⁶⁶ Mc Gowan, siguiendo la idea de Hannah Arendt, plantea el cuerpo político “como un espacio entre participantes iguales. Si la participación no es igual, la pluralidad [...] no puede resultar” (2017, p. 176).

⁶⁷ Arendt, (1998), p. 297.

aspecto fue sólo que los nazis presentaban una pronunciada tendencia a considerar estas formaciones para profesionales como parte de la élite del Partido, mientras que los comunistas, preferían reclutar de ellas el material para sus organizaciones frontales⁶⁸. Es preciso, sin embargo, señalar que esta figura de duplicidad se aplicó también para las *Schutzstaffel* (Escuadrón de protección) bajo la figura de los *Sturmabteilung* (Sección de asalto) y esta duplicidad paramilitar continuó replicándose.

Es curioso que la estructura militar de los movimientos Nazi y Soviético que constituyó su respectiva formación élite cumplieran un papel totalmente opuesto al que adelantaban las organizaciones frontales. Estos “hacen a cada miembro del partido consciente de que ha abandonado ya el mundo normal que declara fuera de la ley el asesinato y de que se ha hecho responsable de todos los crímenes cometidos por la élite⁶⁹”, a diferencia de las organizaciones frontales que brindaban un aire de normalidad y respetabilidad al movimiento.

Ahora, es preciso acercarse a la figura del jefe en los movimientos totalitarios. El jefe posee una tarea suprema. Tal como señala Arendt⁷⁰, su papel es encarnar una doble función, esto es: actuar como defensa mágica del mundo exterior ante el movimiento y servirle a este de puente directo para poder establecer cualquier tipo de relación con el mundo no totalitario. La figura del jefe, a diferencia de los otros niveles, reivindica de manera personal cada acto cometido por cualquiera de los miembros o funcionarios del movimiento, a la vez que reafirma la respetabilidad de cada uno de sus compañeros de viaje.

A diferencia de otras formas de gobierno conocidas, dictatoriales o despóticas, Arendt, señala que, dentro del totalitarismo, el jefe totalitario es libre de decidir todo lo que quiera sin que esto implique la pérdida de la lealtad por parte del movimiento⁷¹, a diferencia de los otros en donde hay una camarilla gobernando o un dictador de cartón incapaz de tomar decisiones o que actúa bajo coacción.

⁶⁸ Arendt. (1998), p. 302.

⁶⁹ Arendt. (1998), p. 303.

⁷⁰ Arendt. (1998), p. 304.

⁷¹ Arendt. (1998), p. 314.

H. Arendt encuentra una similitud en los rasgos de las sociedades secretas y en los movimientos totalitarios, particularmente en tres casos⁷²: las jerarquías, es decir, unos rangos de iniciación, que regulan y determinan la vida de sus miembros, estos son: a) los grupos frontales, los afiliados o militantes y las formaciones élites; b) un jefe misterioso rodeado por iniciados que, a su vez, se encuentran rodeados por semi iniciados que sirven de amortiguador frente al mundo profano. Y, finalmente, c) juramentos de hermanos de sangre que los distinguen del mundo profano enemigo, tal como los arios o los obreros compartían su condición ante un enemigo exterior, el mundo no ario o el capitalismo burgués. Sin embargo, estos no ocultan —como las sociedades secretas— sus verdaderos objetivos, por el contrario, son mendazmente claros, así pues, vacían de todo sentido los métodos de progresivo aislamiento y secretismo.

Así pues, esta forma organizativa empleada por los nazis y bolcheviques recubre a toda la estructura de una mezcla de credibilidad y cinismo que, tal como señala Arendt, “era una característica del populacho antes de convertirse en fenómeno cotidiano de masas”⁷³. Gracias a esta atmosfera los movimientos interpretan su actuar, tal como plantean Aguirre y Malishev: “una marcha irresistible de la Historia que convierte los conceptos de culpa e inocencia en ficciones: el culpable es el que se atrevió a levantarse contra la marcha implacable de la Naturaleza o de la Historia”⁷⁴, lo que nos acerca al concepto de la “banalidad del mal”⁷⁵.

⁷² Arendt. (1998), p. 306.

⁷³ Arendt. (1998), p. 310.

⁷⁴ Aguirre y Malishev. (2011), p. 7.

⁷⁵ Hannah Arendt introduce el concepto de banalidad del mal, para hacer alusión a la capacidad de cualquier persona de perpetrar los crímenes más horribles, aún sin una verdadera razón para llevarlos a cabo, tal como los cometidos por el régimen Nazi. Sin embargo, este adquiere plenamente su significado cuando se es consciente, como lo señala la pensadora judía, de que el uso de este término debe darse de forma objetiva. Así pues, en el caso Eichmann, ella dice: “Eichmann no era un Yago ni era un Macbeth, y nada pudo estar más lejos de sus intenciones que «resultar un villano», al decir de Ricardo III. Eichmann carecía de motivos, salvo aquellos demostrados por su extraordinaria diligencia en orden a su personal progreso. Y, en sí misma, tal diligencia no era criminal; Eichmann hubiera sido absolutamente incapaz de asesinar a su superior para heredar su cargo. Para expresarlo en palabras llanas, podemos decir que Eichmann, sencillamente, no supo jamás lo que se hacía. Y fue precisamente esta falta de imaginación lo que le permitió, en el curso de varios meses, estar frente al judío alemán encargado de efectuar el interrogatorio policial en Jerusalén, y hablarle con el corazón en la mano, explicándole una y otra vez las razones por las que tan solo pudo alcanzar el grado de teniente.

2.2. La policía secreta

Para comprender cabalmente la manera como opera el totalitarismo en el poder, es imperioso entender la manera en la que opera su policía secreta. Es común que, al abordar el papel de la policía secreta totalitaria, esta tienda a ser equiparada con la policía secreta de los regímenes despóticos debido a su similitud durante la primera fase del totalitarismo, es decir, aquella donde se persiguen a las distintas formas de oposición organizada. Sin embargo, tal como lo afirma la autora, ésta es una función secundaria frente a su verdadero potencial dentro del régimen totalitario⁷⁶.

Los movimientos totalitarios poseen una policía secreta y un servicio de espionaje desde sus primeras fases, aun cuando estos no han alcanzado el poder. Durante la primera fase de los movimientos totalitarios, la policía secreta se ocupa de localizar a los enemigos secretos del movimiento y cazar a todo aquel que se haya constituido en un adversario en el pasado. Dentro de su forma de operar, combinan tanto a las organizaciones frontales, es decir, los compañeros de viaje y más próximos al mundo real, como la reeducación de los antiguos miembros que han prestado un servicio de espionaje. Siendo así que, durante la primera fase, todo aquel que posea cualquier pensamiento peligroso, debido a que aún conserva su capacidad de acción, puede ser convertido en un enemigo mortal para los movimientos totalitarios. Arendt establece que el final de este periodo en la Alemania nazi se da en el año 1935 y en la Rusia soviética en el año 1930, una vez que ambos movimientos lograron exterminar cualquier forma de resistencia secreta u organizada⁷⁷.

Al ser concluida la primera fase se da paso a la siguiente, donde se muestra realmente la cara y función de la policía secreta en los regímenes totalitarios. Al ser exterminada cualquier forma de resistencia u oposición organizada, estos se encargan de perseguir y eliminar a todo aquel que sea determinado como un enemigo objetivo, y es ahí donde inicia el verdadero gobierno a través del terror por parte del gobierno totalitario, pues a través de la caza de los enemigos objetivo, es que se reivindica su búsqueda de la dominación total. Es

coronel de las SS, y que ninguna culpa tenía él de no haber sido ascendido a superiores rangos.” (Arendt, 2003, p. 171).

⁷⁶ Arendt. (1998), p. 339.

⁷⁷ Los orígenes del totalitarismo. p. 339.

común creer que la dominación total de los hombres por parte de los gobiernos totalitarios solo puede llevarse a cabo cuando los movimientos totalitarios han conseguido el poder en todo el mundo, es decir, solo cuando se ha alcanzado la dominación mundial. Sin embargo, tal como afirma Arendt, “los regímenes totalitarios han demostrado que esta parte de la utopía totalitaria puede ser levada casi hasta la perfección porque es totalmente independiente de la derrota o la victoria”⁷⁸, pues tanto en la Alemania Nazi como en la Rusia Soviética, la maquinaria del terror fue llevada hasta las últimas fases, consiguiendo la dominación total aún sin poseer la dominación mundial.

La policía despótica, con quien puede tender a confundirse el cuerpo policial de la forma de gobierno en estudio, como un cuerpo tradicional de policía, desarrolla la identificación de sus enemigos a partir de la provocación y la sospecha; estableciendo enemigos sospechosos adelanta todo el proceso hasta apresarlo. Sin embargo, frente a la necesidad que tendrían de provocar para poder capturar o condenar a sus enemigos, la policía de los regímenes totalitarios desecha la categoría de enemigo sospechoso, estableciendo una nueva. La categoría de enemigo objetivo es introducida por los gobiernos totalitarios con el propósito de perseguir, capturar y exterminar incluso a partir de los pensamientos secretos que puedan poseer los individuos y de los que el régimen suponga la existencia. Así, todo aquel que posea pensamientos secretos en contra del régimen, acción que no persigue la policía secreta despótica, serán convertidos en enemigos objetivos del totalitarismo.

Ahora bien, es preciso que el ser demarcado como un enemigo objetivo no depende del ánimo o una voluntad del individuo por derrocar el régimen, sino que es establecido únicamente por las políticas de este y solo el jefe tiene el poder de decidir a quién determinar como uno. Es, así pues, que cualquiera que posea el potencial de portar tendencias en contra del régimen, aun cuando no haya desarrollado ideas contrarias, es un enemigo objetivo en potencia y debe ser eliminado.

Como ya se mencionó, el movimiento totalitario posee desde antes de su ascenso al poder su propio organismo de inteligencia, el cual se encuentra en las ramas de los distintos países. Éstos, una vez alcanzan el poder los movimientos, pasan a ser quienes controlan de

⁷⁸ Arendt. (1998), p. 339.

manera secreta las distintas embajadas y consulados en el exterior, y tienen por propósito intervenir en la política de cada país no totalitario, para preparar la dominación total. Desde la mirada de los movimientos totalitarios y consecuentemente de los gobiernos totalitarios, los países extranjeros que permanecen fuera de su ideología, siempre son vistos como países en potencia de ser dominados. Como se verá en adelante, aun cuando un movimiento totalitario asciende al poder, esto representa una disyuntiva frente al ánimo de dominación mundial, pues el ostentar el poder nacional lo obliga a tener que limitar su gobierno a las fronteras nacionales. Sin embargo, este nunca pierde de vista en su política exterior, el objetivo superior de expandirse camino a la consolidación de la dominación mundial.

Es importante señalar que, aun cuando los regímenes totalitarios se han esforzado por exterminar cualquier forma de organización bajo el sistema de clases, donde la policía secreta es la única donde una vez alcanzado el poder, “los agentes de la policía secreta constituyen la única clase social abiertamente dominante en los países totalitarios, y sus normas y escala de valores penetran todo el tejido de la sociedad totalitaria”⁷⁹. Sin embargo, es preciso advertir que aunque estos posean información privilegiada del régimen acerca de las futuras actuaciones y de los enemigos objetivo establecidos, estas nunca poseen bajo su poder, conocimiento que el jefe no conozca mejor, pues su principal tarea es estar disponibles para cuando el jefe totalitario y única autoridad lo requiera.

2.3. Totalitarismo en el poder

Como se planteó, el ascenso al poder por parte de los movimientos totalitarios implica para estos una fuerte disyuntiva, pues su esencia internacional, omnicompreensiva y global se ve enfrentada al volcamiento de su agenda de cara a los asuntos de la nación en la que fueron elegidos, corriendo el riesgo de terminar transformándose en un partido nacional como aquellos que habían exterminado a razón de la imposibilidad de coexistencia de cualquier forma política distinta al régimen totalitario.

Sin embargo, la limitación del nacionalismo no es el único reto al que se enfrentan los movimientos totalitarios una vez alcanzan el poder. Naturalmente, el paso a ser gobierno y el asumir responsabilidades del poder real, implicaba para los movimientos con discursos

⁷⁹ Arendt. (1998), p. 345-346.

demagógicos y violentos el moderar su discurso y su empuje revolucionario. Como es de esperarse, dicha moderación se traduciría en una afectación significativa en detrimento del mundo utópico construido por los jefes de dichos movimientos comúnmente radicales. Así, era de suponer que una vez Hitler y Stalin alcanzaron el poder, al verse de cara las responsabilidades que les representaba el ocupar el gobierno y el poder real, estarían obligados a moderar su discurso y su radicalismo, lo cual se traduciría en el debilitamiento de sus movimientos, de los discursos y métodos usados por el jefe totalitario para alimentar a sus movimientos en una realidad ficticia, lo que ocasionaría que esta última se quebrara. No en vano Arendt afirma que “la historia nos enseña que la subida al poder y la responsabilidad afectan profundamente la naturaleza de los partidos revolucionarios”⁸⁰.

En los casos totalitarios, al igual que se requirió de una categoría totalmente nueva para denominar y entender sus gobiernos, se requiere de así mismo de entender el resultado enteramente nuevo de lo que significó para el mundo ficticio creado por los líderes totalitarios y sus movimientos mismos el alcance del poder, los cuales no se correspondieron con lo previsible ni lo aparentemente razonable.

Tanto Hitler como Stalin siempre fueron conscientes del riesgo que representaba para sus movimientos el caer en el absolutismo o el nacionalismo, pues esto minaría e incluso castraría la posibilidad de expandirse y conseguir su verdadero propósito en materia de política exterior, la dominación global. Es por eso que, conscientes de la necesidad de sobrevivir y vencer estos obstáculos, dispusieron todo el aparato estatal en servicio de su búsqueda del poder global, convirtiendo al Estado en una fachada vacía de cara a la esfera exterior, pero con la capacidad de ganar confianza y el respeto del mundo totalitario.

Cuando estos movimientos obtienen hacerse al poder lo hacen en medio de sociedades que no son del todo totalitarias, es decir, gran parte de la población aún no se encuentra tragada por la ficción del totalitarismo. Así mismo, la búsqueda por el ascenso al poder por parte de los movimientos totalitarios se da en medio de una realidad política cuyas instituciones estatales no responden a las necesidades de estos para conseguir la dominación total. Si la legalidad y las instituciones liberales no están diseñadas para avalar y secundar

⁸⁰ Arendt. (1998), p. 317.

los objetivos totalitarios, ¿cuál es entonces el actuar de estos ante la ley? Durante los primeros años de la llegada de Hitler al poder, este se ocupó de producir una amplia cantidad de leyes, sin embargo, nunca se tomó el tiempo de abolir la constitución de Weimar. Por su parte Stalin, a diferencia de su homólogo alemán, sí se tomó el tiempo de derogar *la administración civil* pre-revolucionaria y promulgar la *Constitución de 1936*. Sin embargo, tanto las leyes

Figura 2.

Поднимите выше знамя Маркса, Энгельса, Ленина и Сталина! 1933.



Nota. En la imagen se lee "¡Levanten más alto la bandera de Marx, Engels, Lenin y Stalin!". La imagen fue hecha por Klutskis a quien en 1938 el régimen Bolchevique arrestó y ejecutó con cargos falsos.

promulgadas por el nazismo, como la Constitución de 1936 rusa, corrieron la misma suerte. Fueron arbitrariamente saltadas, pero nunca fueron derogadas. No obstante, Stalin a través de la promulgación de la Constitución de 1936 y la anulación de la administración civil prerrevolucionaria avanzaba en su objetivo por reescribir la historia rusa sin rastro alguno en ella de Trosky. En la figura 2 que corresponder a un cartel soviético, se puede leer "¡Levanten más alto la bandera de Marx, Engels, Lenin y Stalin!", pasando por alto a su antecesor.

Vargas, define el desafío que tienen los movimientos totalitarios a partir de siete características:

”I) el rechazo al cumplimiento de las normas jurídicas; II) la radicalización de las normas; III) el establecimiento de un Estado permanente de ilegalidad; IV) no hacer públicos los reglamentos que se dictan y su aplicación contradictoria; V) se recurre a la ley para violar los derechos y libertades civiles; VI) se crea un estado de aparente legalidad, que incita al mundo no totalitario a reconocer la ilegalidad; y VII) la legalidad termina separándose de la legitimidad, una vez que el derecho se aparta de la moral”⁸¹

Como se ha planteado, los resultados del ascenso al poder de los movimientos totalitarios en materia de las condiciones de sus partidos tras ganar políticamente no representaron para estos el debilitamiento de sus partidos. Pero, ¿cómo fue posible resistir para los movimientos totalitarios ante las amenazas que representaba la estrechez de un gobierno nacional y el riesgo de convertirse en un partido nacionalista? A diferencia de los gobiernos despótico y unipartidistas, tanto Hitler como Stalin, no establecieron una dictadura de un único partido ni trasladaron a los cuadros de sus movimientos hacia la ocupación total de los puestos del gobierno. Por el contrario, los jefes totalitarios enfrentaron esta amenaza conservando la independencia de sus partidos frente al aparato institucional del Estado, además de replicar y perfeccionar su organización. Hannah Arendt identifica 4 elementos fundamentales⁸²: 1) División entre miembros y compañeros de viaje; 2) Duplicación de cargos; 3) Conformación de una organización frontal y 4) La condición dual del jefe totalitario.

El movimiento totalitario una vez alcanza el poder permanece fiel a su dogma, por ello las similitudes identificadas por Arendt entre su organización política como movimiento y la estructura que desarrollan los gobiernos totalitarios. Los movimientos totalitarios una vez alcanzan el poder conservan, perfeccionan y potencian la estructura y técnicas organizativas empleadas antes de llegar al poder. Esto se puede ver a partir de la conservación

⁸¹Vargas (2011), p. 128.

⁸² Arendt (1998), p. 332.

de la división entre miembros del partido, entendido como afiliados al movimiento y los compañeros de viaje, es decir, aquellos conforman las organizaciones frontales que sirven de muro aislante a los iniciados contra el mundo exterior y a su vez de fachada. Una vez adquirido el poder por parte estos movimientos, los grupos frontales se potencializan y transforman hacia “la “coordinación” de toda la población, que se halla ahora organizada en simpatizantes”⁸³. De igual manera, es replicada la estructura del movimiento en la que, a través de la multiplicación de cargos, la duplicación de funciones y adaptando la nueva relación entre militantes y simpatizantes, consigue conservar su “peculiar estructura del tipo cebolla del movimiento, en el que cada capa constituye el frente de la siguiente formación élite”⁸⁴. Frente al uso de la maquinaria del Estado, los gobiernos totalitarios la convierten en una gran organización frontal que, así como los compañeros de viaje le fueron útiles al movimiento antes del ascenso al poder para engañar al mundo no totalitario e inspirar respetabilidad entre estos para el movimiento, la maquinaria estatal convertida en organización frontal cumplió la función de “difundir confianza entre las masas de ciudadanos simplemente coordinados y cuya función en los asuntos exteriores estriba en engañar al mundo exterior no totalitario”⁸⁵. Finalmente, el líder totalitario conserva en su figura la combinación de encarnar la insensibilidad militante y la normalidad capaz de inspirar confianza en el mundo no totalitario a la vez que ejerce su capacidad dual como jefe de estado y líder del movimiento.

Sin embargo, como el movimiento totalitario no se pliega al Estado totalitario, Arendt identifica una diferencia fundamental. Ésta estriba en la posibilidad demagógica que tiene el jefe del movimiento frente a la del jefe de Estado, pues, “el dictador totalitario puede y debe practicar el arte de mentir más consecuentemente y en escala más amplia que el jefe del movimiento”⁸⁶, y esto a razón de que las “declaraciones desagradables”, como les denomina Arendt, de un político no son tan fácilmente anuladas como las de un de partido demagógico cualquiera. Muestra de esta conciencia fue el giro dado por Hitler al adoptar un discurso

⁸³ Ibid.

⁸⁴ Ibid.

⁸⁵ Ibid.

⁸⁶ Arendt. (1998), p. 333.

nacionalista o de Stalin de responsabilizar a Trotsky de la teoría de la revolución a escala mundial.

Ahora bien, es importante comprender el rol que juega la técnica de la duplicidad que permitió hacer imperceptible para los inmersos en la ficción totalitaria su impertinencia al mundo real, ahora perfeccionada y replicada a niveles exponenciales una vez alcanzado el poder. Una vez hechos al gobierno de sus países, tanto Hitler como Stalin, conscientes de la amenaza de la normalización o el nacionalismo para la existencia del movimiento, construyeron todo un aparato paraestatal que desplazó “constantemente el centro real del poder, a menudo, hacia otras organizaciones, pero sin disolver, e incluso ni siquiera denunciar públicamente a los grupos que han sido privados de su poder”⁸⁷. Una evidencia de la manera como operaron estas estructuras y el desplazamiento de sus centros de poder real, es el caso del destino que tuvieron los tesoros saqueados a los judíos europeos que terminaron en manos de *Reichssicherheitshauptamt*⁸⁸, división especial de la Gestapo, o el caso de la coexistencia de la policía secreta rusa y la NKVD⁸⁹. Y es que, tal como señala Arendt, “la única regla de la que todo el mundo puede estar seguro en un Estado totalitario es que, cuanto más visibles son los organismos del Gobierno, menor es su poder”⁹⁰. Así pues, podría interpretarse que, si las instituciones de los Estados representan el ejercicio del poder por parte del Estado, entonces, en un gobierno totalitario, dichas instituciones oficiales no son nada más que fachadas.

⁸⁷ Ibid.

⁸⁸ El *Reichssicherheitshauptamt*, fue una división especial de la Gestapo en Berlín, Alemania. En dicha institución recaía el poder de la construcción del relato histórico de la cuestión judía por parte del nazismo. El *Reichssicherheitshauptamt*, fiel a la teoría arendtiana de que el verdadero poder en el totalitarismo se encuentra oculto, se resguardo tras las fachadas del Instituto de Munich y el instituto de Francfort, los cuales se suponía debían recibir los tesoros judíos robados.

⁸⁹ Arendt señaló que cada empresa de la Unión soviética tenía dentro de sí un departamento especial de policía secreta, sin embargo “coexistente con este departamento hay otra división de la policía en el mismo partido, que también vigila a todo el mundo, incluyendo a los agentes de la NKVD” (1998, p. 325).

⁹⁰ Arendt. (1998), p. 326.

3. La propaganda totalitaria

Hannah Arendt abre el análisis sobre la propaganda desarrollada por los movimientos totalitarios señalando que “Sólo el populacho y la élite pueden sentirse atraídos por el ímpetu mismo del totalitarismo; las masas tienen que ser ganadas por la propaganda”⁹¹. El populacho⁹² que Arendt define como un grupo en el que se hallan representados los residuos de todas las clases, diferenciándose del pueblo que lucha por una representación verdadera. Mientras que el populacho solo acudirá en defensa del “gran líder”, del “más fuerte”, y rechaza el parlamento con el que no se siente representado.

Al igual que para cualquier partido o movimiento, la propaganda es un elemento crucial en la disputa que se da entre los movimientos totalitarios y los demás existentes por conseguir la atención y el favor de las masas. Los movimientos totalitarios no se gestan en medio de un lugar excluido, por el contrario ^{de} dan en medio de la democracia, incluso, se valen de ella para llegar al poder. En un Estado con un gobierno constitucional en el que exista la posibilidad de expresar de manera libre las opiniones, los movimientos de corte totalitario se ven obligados a ganar la simpatía de los electores. Es por ello que la propaganda es fundamental para el crecimiento de los movimientos totalitarios y, de ahí, que estos hubiesen perfeccionado sus técnicas y habilidades propagandísticas para blindar su mundo ficticio.

La propaganda totalitaria debe ser entendida como transitoria. La propaganda usada por dichos movimientos emplea el terror como mecanismo para asustar a las masas y ganar su apoyo. Es decir, su transitoriedad consiste en ser útil hasta el momento en el que los movimientos totalitarios alcanzan el poder absoluto sobre esa “exterioridad” a la que va dirigida la propaganda. Una vez se obtiene el poder absoluto sobre el pueblo la propaganda desaparece y queda prohibida como en el caso de la Alemania nazi, y la única voz que será escuchada e incuestionable es la del líder del movimiento, dándose así el remplazo de la propaganda por el adoctrinamiento y el uso de la violencia.

⁹¹ Arendt, (1998), p. 512.

⁹² Arendt, (1998), p. 176.

En palabras de Arendt, una vez alcanzada la dominación totalitaria, esta “trata de restringir exclusivamente los métodos de la propaganda a su política exterior o a los sectores del movimiento en el exterior, con el propósito de proporcionarles un material adecuado”⁹³. Así pues, es correcto preguntarse ¿En qué consiste la propaganda totalitaria? Hannah Arendt afirma que esta es “un instrumento, y posiblemente el más importante, del totalitarismo en sus relaciones con el mundo no totalitario”⁹⁴. En su propaganda los movimientos totalitarios no solo incorporaron los mitos ya aceptados en contra de sus adversarios, sino que también generaron sus propias invenciones ficticias. La eficacia de la ficción entre las masas a las que va dirigida esa propaganda exterior, radica en que “no creen en nada visible, en la realidad de su propia experiencia; no confían en sus ojos ni en sus oídos, sino sólo en sus imaginaciones, que pueden ser atraídas por todo lo que es al mismo tiempo universal y consecuente en sí mismo”⁹⁵.

La propaganda totalitaria cumple un doble propósito de forma simultánea, el primero, llamar y atraer la atención de nuevos simpatizantes -futuros militantes-; en esta etapa va dirigida hacia aquellos estados e individuos que no hacen parte del movimiento totalitario. Es a ellos a quienes Hannah Arendt denomina la “esfera exterior”⁹⁶. El segundo propósito es afianzar el adoctrinamiento en aquellos que dentro de las filas de dichos movimientos aún tienen dudas, los que aún no captan los verdaderos objetivos del movimiento.

Ahora bien, ¿Cómo configuró el totalitarismo su propaganda? El conocimiento de los temas que movían a las masas por parte de los movimientos totalitarios se constituyó en una de sus mayores ventajas propagandísticas, en la búsqueda por obtener adeptos a sus movimientos en medio de las masas cuando aún persistía la existencia de partidos políticos que constituían un adversario y a la vez un obstáculo para el ascenso al poder de los movimientos totalitarios. Estos identificaron que las masas modernas se veían profundamente atraídas por la supuesta revelación de las “verdades” ocultas-por razonable que fuese su ocultamiento.

⁹³ Arendt. (1998), p.513.

⁹⁴ Arendt. (1998), p.514

⁹⁵ Arendt. (1998), p.521.

⁹⁶ Arendt. (1998), p.512.

La atracción que se despertaba en las masas por el descubrimiento de entramados ocultos les convirtió en el escenario ideal para que los jefes totalitarios desarrollarán todo tipo de invenciones propagandísticas. Así, el primer elemento en la configuración de la propaganda totalitaria es el misterio, “El misterio como tal se convirtió en el criterio principal para la elección de temas”⁹⁷. El supuesto desvelamiento ante el público de la existencia de sociedades secretas, rituales antiguos, servicios secretos, junto a supersticiones tejidas en torno de grupos de complejo acceso constituyeron su elemento central en vía de la invención del que sería el mayor elemento propagandístico de los movimientos totalitarios.

⁹⁷ Arendt, (1998), p. 520.

Figura 3.

Der ewide jude. 1937.



Nota. En el texto se lee “el judío errante”. Este cartel fue expuesto en el Museo Antisemita, en Múnich, Alemania en el año 1937.

Unos ejemplos de la forma como el totalitarismo pone en práctica el uso del misterio en su propaganda es el supuesto descubrimiento y exposición ante las masas de las conspiraciones secretas. En el caso de los bolcheviques por los troskystas, el dominio de las 300 familias, incluso, el poderío de las maquinaciones imperialistas a través de los servicios secretos fue su base propagandística más gananciosa. Entre los nazis los Protocolos de Sion, la ficción de una conspiración mundial por parte del pueblo judío fue el caballo de batalla para “justificar” el antisemitismo y el racismo de su ideología. Así se evidencia en la figura 3, en la cual los nazis presentaban un estereotipo de hombre judío con la frase “*de ewide jude*” (el judío errante). Una representación del judío como marxista representado en el símbolo comunista, como prestamista por las monedas que sostiene en la mano izquierda y como esclavista representado en el látigo que cuelga de su mano izquierda. El marxismo, las monedas como símbolo de prestamista y el látigo como signo de esclavista contenidos en la figura del judío, representaba en este la conspiración mundial que sometería a todas las razas bajo el yugo judío.

No es posible que el mito y la ficción se sostengan por sí solos en medio de una sociedad que no se haya enteramente inmersa en la ficción totalitaria. Por ello es necesario el segundo elemento de la propaganda totalitaria, que produce el arraigo de las masas a las teorías y mitos ficticios de los movimientos totalitarios; esto es el dotarlos de consistencia. La necesidad de dotarlos de consistencia ha sido una de las preocupaciones más ominosas para los líderes de los movimientos totalitarios. Los jefes totalitarios necesitan que sus “predicciones” estén dotadas con un componente de infalibilidad, no solo por la necesidad de que lo que dice se cumpla como signo de poder y autoridad. Sino por el efecto propagandístico que tiene ello entre las masas a las que se presenta como “un simple agente interpretador de fuerzas previsibles”⁹⁸, sin que necesariamente esto signifique que esa, la esfera exterior, entienda o tan siquiera logre identificar el “hábito de anunciar sus intenciones políticas bajo la forma de profecías”⁹⁹, sean estas la Ley de la Naturaleza o la de la Historia.

⁹⁸ Arendt. (1998), p. 519.

⁹⁹ Ibid.

Arendt presenta a modo de ejemplo una interpretación del anuncio hecho por el líder máximo del nazismo en enero de 1939:

““Hoy quiero hacer una vez más una profecía: en el caso de que los financieros judíos... lograran de nuevo arrastrar a los pueblos a una guerra mundial, el resultado será... el aniquilamiento de la raza judía en Europa”. Traducido a un lenguaje no totalitario, esto significaba: “Quiero hacer la guerra y trato de matar a los judíos de Europa””¹⁰⁰.

Así, la materialización del segundo elemento se da en la repetición. No es suficiente para los movimientos totalitarios presentar un mito (históricamente aceptado o ficticio) acompañado de la “interpretación” del jefe del movimiento a modo de profecía; necesita tener la credibilidad fruto de la consistencia, un piso sobre el que se sostenga la profecía, es ahí donde la repetición juega un papel fundamental. “La repetición, cuya importancia ha ido algo sobreestimada en razón de la extendida creencia en la capacidad inferior de las masas para captar y recordar, es importante sólo porque las convence de la consistencia del tiempo”, incluso, aún frente a la carencia lógica de lo que afirman los líderes de los movimientos¹⁰¹. Esto es que el volver común la escucha por parte de las masas de los mitos proclamados por el totalitarismo, producirá en las masas una sensación de consistencia de la “verdad” que estos proclaman, lo que se traduce en la convicción de que estos son verdaderos y lógicos.

El tercer elemento de la propaganda totalitaria corresponde al cientifismo. Este se haya caracterizado en la insistencia casi exclusiva de los movimientos totalitarios por dar a las masas profecías científicas. Señala Arendt, que hay en las masas una atracción por desligar a los hombres de las responsabilidades del curso de la historia, así, cuando los portavoces totalitarios pretendían haber descubierto las fuerzas ocultas que aportarían la salvación a la cadena de fatalidad, entendiéndose esta como el degeneramiento de la sangre o la pérdida del tren de la historia, y éstas eran presentadas a las masas encontraban acogida. Así,

¹⁰⁰ Ibid.

¹⁰¹ Arendt. (1998), p. 521.

Stalin afirmaba: “cuanto más cuidadosamente reconocemos y observamos las leyes de la Historia y de la lucha de clases, tanto más nos conformamos con el materialismo.

Figura 4.

Er ist schuld am Krieg. 1943.



Nota. El cartel de propaganda Nazi de 1943 ¡Él tiene la culpa de la guerra!, fue hecho por Hans Schweitzer conocido como Mjölfnir y retrata a un hombre estereóticamente judío como un belicista.

dialéctico”¹⁰² o la declaración de Hitler “cuanto más cuidadosamente reconocemos y observamos las leyes de la naturaleza y de la vida..., tanto más nos conformamos con la voluntad del Todopoderoso”¹⁰³. Sin embargo, es preciso apuntar la aclaración que hace la autora, de que es posible que el uso estas afirmaciones no solo fuesen un elemento propagandístico, sino que la jefaturas Nazi y Bolchevique creían realmente en estos dogmas.

Arendt plantea que el totalitarismo elevó su cientifismo ideológico y sus predicciones a una eficiencia de método superior, liberando a sus predicciones del control fáctico del presente bajo la sentencia de que solo el futuro puede hacer visibles los méritos de sus predicciones, guardando la falaz y demagógica creencia en la absolución de la historia. Arendt también es precisa en que el uso del cientifismo en la propaganda no es una invención totalitaria, sino que este ha sido usado universalmente en la política moderna y plantea que “el totalitarismo parece ser exclusivamente la última fase de un proceso durante el cual la “ciencia (se ha convertido) en un ídolo que curará mágicamente todos los males de la existencia y que transformará la naturaleza del hombre”¹⁰⁴. Sin embargo, una vez acceden al poder los movimientos totalitarios abandonan su obsesión por el cientifismo. Continuando con la búsqueda por la infalibilidad de la su propaganda por parte de los movimientos totalitarios. La presentación de los jefes totalitarios como simples interpretadores de fuerzas previsibles resultó de gran éxito para estos, e impulsó en los dictadores totalitarios el anuncio de sus intenciones bajo la forma de profecías convirtiéndose en un hábito. Así, en enero de 1939 Hitler profetizó: “en el caso de que los financieros

judíos... logran de nuevo arrastrar a los pueblos a una guerra mundial, el resultado será... el aniquilamiento de la raza judía en Europa”¹⁰⁵. En concordancia con el planteamiento de Arendt de las sentencias como anuncio de sus intenciones, se puede observar en la figura 4. Un cartel que reza “¡quien tiene la culpa de la guerra!” mientras una mano señala al estereotipo de un hombre judío, o en el caso de la figura 5 en la que se puede leer; “Instigadores de la guerra. Prolongadores de la guerra”. O para el caso de Stalin, como señala Arendt, cuando anunció en el célebre discurso ante el Comité Central del Partido Comunista

¹⁰² Arendt, (1998), p. 283.

¹⁰³ Ibid.

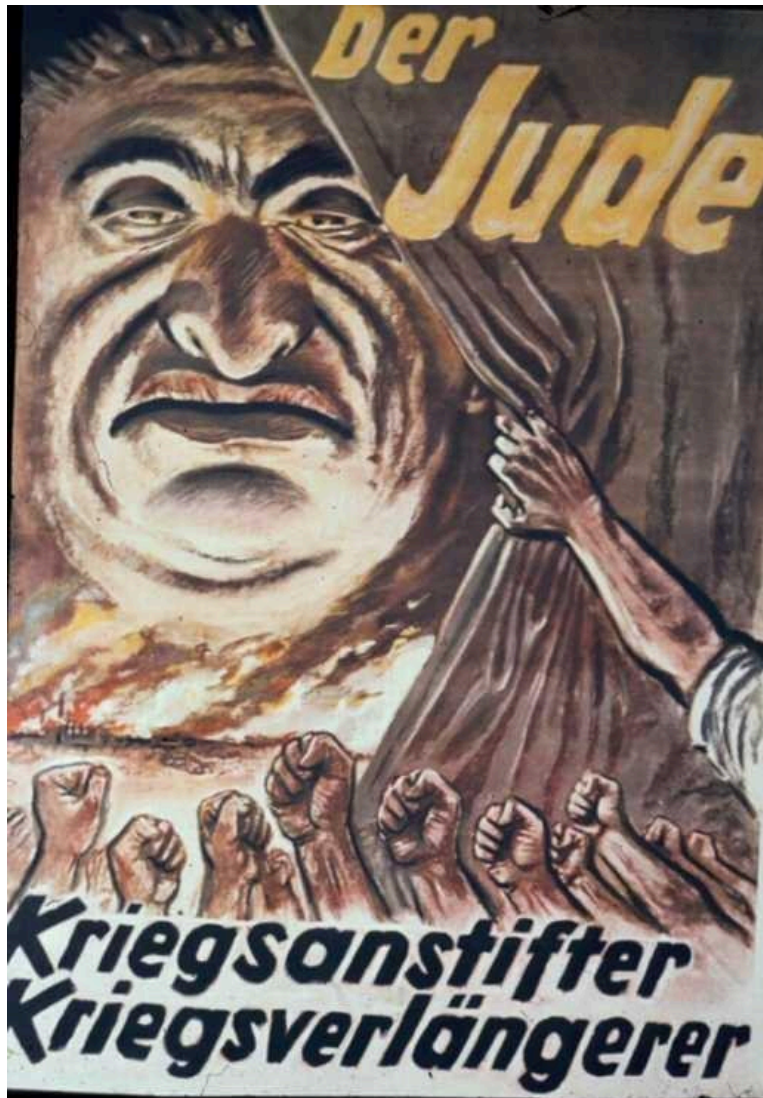
¹⁰⁴ Ibid.

¹⁰⁵ Arendt. (1998), p. 285.

que describió a la derecha del partido como clases moribundas mientras prepara su liquidación física.

Figura 5.

Der Jude. 1940.



Nota. El cartel de propaganda Nazi de 1940 que dice: “El judío, instigador de la guerra, prolongador de la guerra”, fue hecho por Hans Schweitzer conocido como Mjöltnir.

El uso de la propaganda por parte de los movimientos totalitarios tiende a ser más común en la etapa previa a la llegada al poder por parte de estos, pues, una vez acceden a al poder e instauran la dominación total, desplazan la propaganda y su lugar se ve ocupado por el adoctrinamiento ideológico acompañado del uso del terror. Sin embargo, esto no significa que el terror, ADN del movimiento totalitario no haya sido empleado junto con la propaganda, pues, como la misma Arendt afirma, “se reconoció temprano y se ha afirmado frecuentemente que en los países totalitarios la propaganda y el terror ofrecen dos caras de la misma moneda”¹⁰⁶ o que se abandone el uso de material gráfico o audiovisual en el proceso de adoctrinamiento ideológico.

La propaganda que, como ya se mencionó, es para la autora quizá el elemento más importante de relación entre los movimientos totalitarios y el mundo no totalitario, tiene dos elementos que son de importancia para entender cómo genera la necesidad de su producción por parte de los movimientos o gobiernos totalitarios¹⁰⁷. El primero, es que a medida que el mundo exterior ejerza mayor presión hacia los movimientos totalitarios y estos no consigan ignorarla, aún tras los telones de acero, los dictadores totalitarios serán más activos en la proporción de propaganda hacia el mundo exterior. El segundo punto, y esencial, es que las necesidades de la propaganda no están dictadas por los movimientos, sino que, siempre están dictadas por el mundo exterior y, los movimientos totalitarios no realizan propaganda en realidad, pues estos adoctrinan.

Frente al objetivo de la propaganda totalitaria de organizar las masas en lugar de persuadir, Aguirre y Malishev, afirman: “Así pues, organizar a las masas es la meta de la propaganda. En este sentido, tenemos una propaganda que se construye para que el sentido común de la masa se atrofie y, una vez atrofiado, las masas sean organizadas, homogeneizadas y dirigidas”¹⁰⁸, destruyendo así cualquier capacidad de acción en estas y poniéndolas al servicio pleno de los gobiernos totalitarios y sus sistemas de terror.

Es por la capacidad de contribuir al aislamiento de la realidad y el atrofiamiento de las masas, junto con su poder para atraer a los hombres a los movimientos totalitarios

¹⁰⁶ Arendt. (1998), p. 279.

¹⁰⁷ Arendt. (1998), p. 281.

¹⁰⁸ Aguirre y Malishev. (2011), p. 13.

permitiéndoles el ascenso al poder en una sociedad que no es enteramente totalitaria y que la propaganda totalitaria configura para estos un factor fundamental para su ascenso al poder. Es común que a la propaganda no se le dé el crédito que esta tiene realmente en el engranaje político de los movimientos totalitarios.

3.1. Ideología y terror

Ideología y terror es el último capítulo de la obra *Los orígenes del totalitarismo*. Si bien fue agregado posterior a la primera edición de la obra, representa la condensación de todo lo expuesto por Hannah Arendt a lo largo de la obra. El totalitarismo, como se ha señalado múltiples veces, constituye una forma enteramente nueva de gobierno distinta a la tiranía o al despotismo y opuesta a cualquier forma de democracia. Con la ideología totalitaria son erigidas nuevas instituciones que desplazan a las tradicionalmente conocidas, destruyen las sociedades y cualquier forma de espontaneidad en los individuos.

El uso de las ideologías como forma de dar respuesta de manera inequívoca sobre la realidad, pretendiendo ser la única fuente de verdad y, el terror, han sido dos elementos que han estado presentes a lo largo de la historia de la humanidad. Sin embargo, el uso del terror de la mano del adoctrinamiento ideológico, verdadero espíritu de una nueva forma política surgida en el siglo XX, el totalitarismo, bajo los regímenes políticos de Hitler y Stalin, hacen que estos requieran de una especial atención.

Desde el inicio se ha señalado que el totalitarismo no pretende organizar a las masas a través de la figura de un partido político de cara a los intereses de una clase política, pues este solo es posible en medio de las masas con deseos de poder. Esquirol, plantea que “la ideología ofrece la explicación total, abarca el todo en un sentido global y último. De su lógica interna se desprende su desprecio por los hechos, por lo que acontece, por toda experiencia”¹⁰⁹. Así pues, el Totalitarismo persigue desenraizar y aislar en todas las formas a los individuos, haciéndoles superfluos, obteniendo una masa desclasada, amorfa y acrítica.

Como ya se ha señalado, hay en los movimientos totalitarios y en el espíritu totalitario una imposibilidad total de coexistir con cualquier forma de expresión política organizada o

¹⁰⁹ Esquirol, (1991), p. 16.

distinta a la suya. Es por ello que, una vez alcanzado el dominio, estos desechan cualquier forma de propaganda, que, como sabemos, tiene por objetivo servir de fachada a la realidad de lo que ocurre en el mundo totalitario frente al mundo exterior. Una vez eliminada cualquier forma de propaganda, “el terror se convierte en total cuando se torna independiente de toda oposición; domina de forma suprema cuando ya nadie se alza en su camino”¹¹⁰. El terror, desde el desarrollo fenomenológico-político de Arendt, configura la verdadera forma del Gobierno Totalitario, y, tal como ella señala, “el terror sigue siendo utilizado por los regímenes totalitarios incluso cuando ya han sido logrados sus objetivos psicológicos: su verdadero horror, estriba en que reina sobre una población enteramente sometida”¹¹¹, pues no tiene un fin más allá de el mismo.

Frente a esto, Forti señaló que:

Si el terror total se desencadena realmente cuando se ha eliminado el problema “todavía relativamente real” de los opositores, significa que el medio se ha convertido en el fin y que, por consiguiente, la relación medios-fines ya no es una categoría capaz de explicar la ratio de tales regímenes. Éste es el “mal radical” representado por el totalitarismo y por el cambio radical de todas las leyes, de todos los límites, de todas las distinciones, hasta la extrema que separa la vida de la muerte. Los campos, en definitiva, no responden a ningún criterio utilitarista y esto es lo que los hace difícilmente comprensibles.¹¹²

Y es que, “si la legalidad es la esencia del Gobierno no tiránico y la ilegalidad es la esencia de la tiranía, entonces el terror es la esencia de la dominación total”¹¹³. El operar de los movimientos totalitarios se aparta y viola toda norma legal o moral existente, inclusive las promulgadas por estos mismos, las promulgadas por el gobierno Nazi o la Constitución rusa de 1936. En el cuerpo político del gobierno totalitario, la ley positiva queda ocupada por el terror total, que se utiliza para traducir la ley del movimiento de la Historia o de la Naturaleza en normas de lo justo y lo injusto y se convierte en total cuando se torna

¹¹⁰ Arendt. (1998), p. 372.

¹¹¹ Arendt. (1998), p. 281.

¹¹² Forti. (2008), p. 83-84.

¹¹³ Arendt. (1998), p. 372.

independiente de toda oposición¹¹⁴. Tal como Arendt lo plantea: “El terror, la esencia del Gobierno Totalitario, no existe ni en favor, ni en contra de los hombres. Se supone que proporciona a las fuerzas de la naturaleza o de la Historia, un instrumento incomparable para acelerar su movimiento”¹¹⁵. Así, es posible hablar de la “banalidad del mal” que despoja de una verdadera responsabilidad moral a los crímenes cometidos por estos.

Los jefes totalitarios conscientes del riesgo que representaba para el poder totalitario que el sistema de terror cesase siquiera un momento, tenían claro que “lograr que las masas vayan por un camino determinado requiere terror y este exige víctimas. ¿Cuántas? Las que sean posibles, pero que no interrumpan la marcha del movimiento o de la vida cotidiana”¹¹⁶. Así, estos no se detienen en la producción en masa de cadáveres; cuándo los jefes se vieron ante el riesgo del despoblamiento mutaron múltiples veces los perfiles de las víctimas categorizadas como enemigos objetivos. Los jefes totalitarios estuvieron dispuestos a asesinar el número de personas que fuese necesario para alcanzar el propósito supremo de la Ley de la Naturaleza o de la Historia; sin embargo, algo curiosamente horroroso, es su consciencia permanente por el no verse despoblados y sin sujetos sobre los cuales llevar a cabo su sistema de deshumanización y tortura. En palabras de Hitler:

El partido obrero alemán nacionalsocialista toma del fondo de la idea básica de una concepción racista general, los elementos esenciales para formar con ellos —sin perder de vista la realidad práctica, la época que vivimos y el material humano existente, así como las flaquezas inherentes a éste—¹¹⁷.

Así pues, toda orden emitida acerca de disminuir o detener los niveles de muerte en los campos de concentración por los jefes de los gobiernos totalitarios, no depende de límites morales, legales o éticos, sino de la previsión del riesgo a versen despoblados.

3.2. Dominación total

¹¹⁴ "El terror se convierte en total cuando se torna independiente de toda oposición; domina de forma suprema cuando ya nadie se alza en su camino. Si la legalidad es la esencia del Gobierno no tiránico ya la ilegalidad es la esencia de la tiranía, entonces el terror es la esencia de la dominación total". (Arendt. 1998, p. 372).

¹¹⁵ Arendt. (1998), p. 373.

¹¹⁶ Calderón. (2021), p. 7.

¹¹⁷ Hitler. (2020), p. 157.

Aun cuando demostraban su inutilidad económica¹¹⁸, “los campos de concentración y exterminio de los regímenes totalitarios sirven como laboratorios en los que se pone a prueba la creencia fundamental del totalitarismo de que todo es posible”¹¹⁹. Los movimientos totalitarios desarrollaron distintos experimentos en la búsqueda por aniquilar cualquier posibilidad de acción en sus víctimas; sin embargo, los campos de concentración revisten el experimento más importante para la dominación total.

Tal como lo plantea Arendt¹²⁰, la dominación total tiene por aspiración la producción de una identidad carente de cualquier posibilidad de reacciones espontáneas que impidan el propósito utilitario del totalitarismo de conseguir sujetos intercambiables, y es a través del adoctrinamiento ideológico de las sanguinarias formaciones élites y los campos de concentración, que los regímenes totalitarios ponen en marcha sus experimentos para organizar y eliminar la infinita pluralidad en busca de homogeneizar a la humanidad.

Lejos de haber sido pensados exclusivamente para exterminio y degradación humana, los campos de concentración configuran de forma premeditada, unas condiciones científicamente controladas para la transformación de la personalidad de los hombres a partir de la eliminación de la espontaneidad, pues bajo condiciones normales, la espontaneidad como expresión del comportamiento humano no puede ser erradicada de forma total ni definitiva mientras esté conectada a la libertad y el acto mismo de vivir del sujeto.

El terror real de los campos de concentración y de exterminio, se da una vez se ha superado la fase inicial del totalitarismo, cuando ya el régimen se halla liberado de cualquier forma de oposición. Para ese momento, la actuación a partir del “fin justifica los medios” se ve desprovista de todo sentido lógico, pues los medios se han convertido en el fin mismo: la tortura. En el camino a borrar cualquier prueba de la existencia de los reclusos en los campos de concentración y despojarles de cualquier forma de identidad individual, tanto los alemanes

¹¹⁸ “El campo de concentración como institución no fue establecido en beneficio de cualquier posible rendimiento laboral; la única función económica permanente en el campo ha sido la financiación de su propio aparato supervisor” (Arendt. (1998), p. 356).

¹¹⁹ Arendt. (1998), p. 351.

¹²⁰ Ibid.

como los rusos hicieron uso de categorías para diferenciar a sus reclusos y el trato que se les daba.

El aislamiento por categorías es para H. Arendt¹²¹, más estricto que el mismo aislamiento del mundo exterior. Frente a los escandinavos esta dice que “al margen de consideraciones raciales, los ciudadanos escandinavos eran tratados por los alemanes durante la guerra de una forma completamente diferente a la de los miembros de los otros pueblos, aunque [...] fueran enemigos declarados de los nazis¹²²”. El resto de personas eran divididos por los nazis en dos grupos, el primero, por aquellos quienes tenían programada de manera inmediata su muerte, los judíos, o los de los que podía esperarse la solución final en un futuro previsible, como lo eran los rusos, los polacos y los ucranianos. El segundo, eran aquellos sobre quienes aún no se habían dado instrucciones hacia la solución final general como el caso de los belgas y franceses¹²³.

En el caso ruso, frente a los campos de concentración y exterminio son identificados por H. Arendt tres sistemas relativamente independientes¹²⁴. 1) Los grupos de trabajadores forzados, quienes cumplen la condición de vivir en relativa libertad y que su sentencia de trabajo se encuentra limitada. 2) Los campos de concentración, donde los reclusos son explotados de una manera implacable y el índice de mortalidad tiene niveles extraordinariamente elevados y sin embargo, su fin sí es el trabajo. 3) Los campos de aniquilamiento que, contrario a los anteriores, no tienen por fin el trabajo, sino que los internados son exterminados de manera sistemática a partir del sometimiento al hambre y la negación de cualquier forma de cuidados.

Los campos de concentración son “el compendio del totalitarismo, su verdad última, porque es el lugar donde se produce la modificación de la realidad humana, auténtico imperativo del régimen”¹²⁵. Y es que, dentro de los campos de concentración no existen normas políticas o éticas. Todo aquel que es ingresado allí es tratado como si jamás hubiese

¹²¹ Arendt. (1998), p. 355.

¹²² Ibid.

¹²³ Ibid.

¹²⁴ Ibid.

¹²⁵ Forti, (2008), p. 83.

nacido. Tal como identifica Forti, siguiendo a Arendt, son tres pasos los requeridos para alcanzar la dominación total:

La muerte del sujeto jurídico —que se consigue o bien colocando algunas categorías de personas fuera de la ley o bien colocando los campos de exterminio fuera del sistema jurídico y penal ordinario—, la muerte de la personalidad moral —gracias a la creación de situaciones en que la conciencia moral ya no es relevante— y, finalmente, la supresión de la singularidad de cada individuo¹²⁶.

Para Arendt es clara la imposibilidad de comprender realmente lo ocurrido en los campos de concentración, pues se trata de un fenómeno que se halla fuera de toda razón: “su horror nunca puede ser abarcado completamente por la imaginación por la simple razón de que permanecen al margen de la vida y la muerte”¹²⁷. Sin embargo, la autora ofrece una analogía para intentar comprender al máximo posible estos lugares. A partir de las tres concepciones básicas de la vida después de la muerte de la cultura occidental: el Hades, Purgatorio e Infierno, ella plantea el nivel de horror de los campos de concentración y de exterminio.

El Hades, “corresponden a esas formas relativamente suaves, antaño populares en los países no totalitarios, para apartar del camino a los indeseables de todo tipo”¹²⁸, esto en relación con los campos para personas desplazadas, superfluas y molestas que sobrevivieron a la guerra. El Purgatorio, “queda representado por los campos de trabajo de la Unión Soviética”¹²⁹. Finalmente, el Infierno, “en el sentido más literal, fue encarnado por aquellos tipos de campos perfeccionados por los nazis”¹³⁰, para la producción masiva de cadáveres.

La dominación total alcanzada por los gobiernos totalitarios, demuestra que “el infierno totalitario demuestra sólo que el poder del hombre es más grande de lo que se había atrevido a pensar y que el hombre puede hacer realidad diabólicas fantasías sin que el cielo se caiga o

¹²⁶ Forti. (2008), p. 84.

¹²⁷ Arendt. (1998), 356.

¹²⁸ Arendt. (1998), 57.

¹²⁹ Ibid.

¹³⁰ Ibid.

la tierra se abra”¹³¹. Es preciso apuntar que la existencia de este infierno posible en la tierra, sienta como base la posibilidad de su repetición en el futuro.

¹³¹ Arendt. (1998), 358.

Conclusiones

De lo que se trató aquí, no fue de desarrollar una nueva teoría política acerca del totalitarismo o de su propaganda a partir del pensamiento de Hannah Arendt, sino de desarrollar una exposición acerca del totalitarismo como una nueva forma de gobierno, los factores que influyeron en la sociedad para que este pudiese gestarse y su propaganda.

Según Arendt, la crisis de la modernidad fue una de las principales causas para el surgimiento del totalitarismo como una nueva forma de gobierno nunca antes vista. Arendt argumentó que la modernidad, con su énfasis en la razón y el progreso, había generado una profunda crisis en la sociedad occidental. La razón había permitido la liberación del ser humano de la opresión de la religión y la tradición, pero también había generado una profunda alienación y una sensación de falta de significado y propósito en la vida.

En este contexto de crisis y alienación, el totalitarismo surgió como una respuesta aparentemente atractiva a los problemas de la sociedad moderna. Los regímenes totalitarios prometían un sentido de comunidad que, como quedó demostrado, es imposible que se dé en medio de la destrucción de toda capacidad de acción de los hombres. Promesas imposibles como un sentido de pertenencia, generando una sensación de propósito y significado y una salida al aburrimiento y la falta de dirección que caracterizaba a la sociedad moderna.

Arendt también sostenía que el totalitarismo se basaba en una ideología que se presentaba como una solución a todos los problemas de la sociedad. Esta ideología, según Arendt, era una forma de pensamiento simplista que negaba la complejidad del mundo y de la vida humana. El totalitarismo, por lo tanto, era una forma de negación de la realidad y de la complejidad de la existencia humana.

Tal como lo planteó Londoño¹³², para la pensadora el problema que posee la filosofía política es que para esta no es posible concebir la pluralidad de los hombres y, como significado de esta, la espontaneidad y contingencia propias de los asuntos de ellos. Arendt encuentra en los filósofos una desconfianza hacia el mundo y la fragilidad filosófica y asuntos que parecen huir de cualquier predicción y control.

¹³² Londoño. (2013), p. 112.

Arendt sostuvo que la filosofía política se había convertido en un ejercicio abstracto, divorciado de la realidad política y social. Según ella, la filosofía política tradicional había perdido su capacidad de entender y explicar el mundo político en el que vivimos. Arendt argumentaba que la filosofía política había perdido su conexión con la realidad porque se había centrado en la búsqueda de una teoría abstracta del Estado. Esta teoría del Estado se basaba en la idea de que el Estado era una entidad abstracta y universal que representaba los intereses de todos los ciudadanos por igual. Sin embargo, según Arendt, esta teoría del Estado era una abstracción que no tenía en cuenta la realidad política y social.

Arendt sostenía que la realidad política se basaba en la acción humana, es decir, en la capacidad de los seres humanos para actuar juntos y crear algo nuevo. La acción política, según Arendt, no se basa en un conjunto de reglas abstractas, sino en la capacidad de las personas para pensar y actuar de manera creativa. La filosofía política tradicional, por el contrario, había perdido de vista esta dimensión de la acción política y se había centrado en la teoría abstracta del Estado.

Arendt encontraba a la política como la única forma de combatir el totalitarismo, entendida como la esfera pública de discusión y debate. La política era el único lugar donde se podía respetar la diversidad y la complejidad de la vida humana y donde se podían encontrar soluciones reales a los problemas de la sociedad.

Siguiendo la idea de Cristina Sánchez, Arendt, a través del ejercicio investigativo, buscó propiciar una reflexión acerca de la necesidad de realizar una defensa irrestricta de la libertad y la pluralidad de los hombres como la posibilidad de acción humana, pues, “la pluralidad es la condición humana sin la cual no sólo no es posible la acción, sino la misma vida política”¹³³.

La libertad es el principio fundamental de la política, ya que permite a los seres humanos actuar de manera autónoma y expresar su propia individualidad. La libertad, entendida desde Arendt, es la capacidad de actuar en el mundo y de crear algo nuevo sin la

¹³³ Sánchez. (2003), p. 158.

imposición de la necesidad o la coerción externa, siendo esta, por tanto, la esencia de la humanidad y la base de la política.

La pluralidad, por otro lado, es la condición de la diversidad humana y la multiplicidad de perspectivas. La pluralidad es la existencia de una variedad de opiniones, creencias y formas de vida, y es esencial para la vida política. Arendt sostiene que la pluralidad es la base del diálogo y el debate público, y que sin ella la política se vuelve autoritaria y excluyente.

Arendt también defiende la importancia de la acción política, entendida como la capacidad de los individuos para actuar en el mundo y hacer algo nuevo. La acción política es esencial para la libertad, ya que permite a los individuos expresar su propia individualidad y tomar decisiones por sí mismos.

La defensa de la libertad y la pluralidad para Arendt se relaciona con la importancia de la esfera pública. Ella argumenta que la esfera pública es el espacio donde los individuos pueden participar en la política y expresar su opinión libremente. La esfera pública es el lugar donde se producen los debates, la discusión y el diálogo crítico que son esenciales para la democracia y la libertad.

Por último, este trabajo de investigación quiso ser un llamado al desarrollo de una actitud activa y en alerta frente al posible surgimiento de cualquier gobierno totalitario. Pues, como la autora misma planteó:

la crisis de nuestro tiempo y su experiencia central han producido una forma enteramente nueva de gobierno que, como potencial y como peligro siempre presente, es muy probable que permanezca con nosotros a partir de ahora, de la misma manera que las demás formas de gobierno que surgieron en diferentes momentos históricos y basadas en apariencias fundamentalmente diferentes han permanecido con la Humanidad al margen de sus derrotas temporales – monarquías, repúblicas, tiranías, dictaduras y despotismo¹³⁴.

¹³⁴ Arendt. (1998), p. 383.

Esta, finalmente, es quizá una de las frases más provocadoras de la autora en la obra *Los orígenes del totalitarismo*, que constituye probablemente la obra genealógica-arqueológica más completa hasta ahora, pero, sobre todo, un manifiesto mismo de la lucha contra la filosofía como un ejercicio abstracto y aislado de la realidad política, representando seguramente el llamado más poderoso a todo el que se le acerque: el llamado a accionar frente a la posibilidad de que, aún con la derrota aparente del totalitarismo ante la caída de Hitler o la muerte de Stalin, este pueda resurgir de nuevo en medio de “la sociedad de los derechos humanos”.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus.
- Arendt, H. (2003). *La condición humana*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona Editorial Lumen.
- Arendt, H. (2013). “Whant remains? The language remains”: a conversation with Günter Gaus. *Hannah Arendt: the last interview and other conversations*. London: Melville House Publishing.
- Arribas, S. (2010). Arendt y el nuevo imperialismo. *Arbor*, 186(742), 65–276. <https://doi.org/10.3989/arbor.2010.742n1106>.
- Bernstein, Richard, (1996) *Hannah Arendt and the Jewish Question*. Cambridge, mit Press.
- Calderón González, J. H. (2021). Arendt: totalitarismo e ideología. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 42(124). <https://doi.org/10.15332/25005375.6601>.
- Di Pego, A. (2016). Totalitarismo. En: Beatriz Porcel y Lucas G. Martin (comps.). *Vocabulario Arendt*. Rosario: Homo Sapiens. pp. 195-209. En *Memoria Académica*. Recuperado de: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.591/pm.591.pdf>.
- Esquirol, J. (1991). “Hannah Arendt y el totalitarismo: Implicaciones para una teoría política”. *CONVIVIUM*. Núm. 2, p. 123. Recuperado de: <https://raco.cat/index.php/Convivium/article/view/73280>.
- Jerade, (2015). *Nacionalismo y antisemitismo Hannah Arendt sobre la cuestión judía y el Estado nación*.
- Londoño B., María Victoria. (2013). El horizonte totalitario: inmanentismo y nuestra tradición de la filosofía política en Hannah Arendt. *Alpha (Osorno)*, (36), 109- 118. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22012013000100008>.
- McGowan, J., & Sánchez Marín, L. (2017). Hannah Arendt sobre el totalitarismo. *Versiones. Revista De Filosofía*, (12), 163–185. Recuperado de: <https://revistas.udea.edu.co/index.php/versiones/article/view/330621>.
- Martínez, (2011). Totalitarismo: ¿Un concepto vigente?. *Rev. Episteme NS*, 31(2), p. 45-78. Disponible en: <http://ve.scielo.org/pdf/epi/v31n2/art03.pdf>.

Sánchez en Vallespín. (2003). Historia de la teoría política, 6. Alianza Editorial.

Wagon, M. (2020). Hannah Arendt y la controversia por la publicación de Eichmann en q
Jerusalén desde una perspectiva de género. *Temas de Mujeres* 16(16), 56-75.
https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/131533/CONICET_Digital_Nro.4952366a-79e7-4c9a-a61d-11775b170531_A.pdf.